

PRIMERA PARTE:

LA EDUCACIÓN DE LOS SENTIMIENTOS

I**¿SE JUSTIFICA LA EDUCACIÓN DE LOS SENTIMIENTOS?**

El mundo de la afectividad es todavía un ámbito poco esclarecido. Es significativo el hecho de que se hayan hecho verdaderos tratados de muchas realidades, pero que de la afectividad existan pocos, y a veces sin mucho éxito, ya que, en ocasiones, han contribuido a hacerla más oscura todavía.

La observación más directa nos lleva a reconocer que la noticia que tenemos de los sentimientos es inmediata, lo cual no quiere decir que la consiguiente actitud ante ellos sea la de una irreflexiva condescendencia. Es sólo constatar un hecho, el de su inmediatez. Ahora mismo, si nos pidiesen que digamos en qué estamos pensando, tal vez encontraríamos dificultad para decirlo, porque quizá no estamos pensando, sino simplemente imaginando lo que haremos este fin de semana, o recordando a algunas personas.

En cambio, si nos preguntan cómo nos sentimos, aunque no podemos identificar a fondo nuestros sentimientos, por lo menos podemos responder si nos estamos sintiendo bien o mal. Nuestro estado afectivo

lo podemos percibir directamente; a pesar de que esa primera percepción pueda ser muy general, sin muchas especificaciones, sin embargo, la manera de manifestarse es percibida inmediatamente.

Mediante esa percepción inmediata de la realidad, propia y ajena, entramos en contacto con nosotros mismos o con nuestro entorno. Inclusive, es a través de ese primer contacto como a veces juzgamos la realidad. Precisamente, por esa espontaneidad, por esa inmediatez, se precisa de una educación de los sentimientos que los comprendan y que los reoriente a la finalidad más plenamente humana.

Esta reorientación se lleva a cabo con las facultades humanas rectoras: la inteligencia y la voluntad. Por eso, puede suceder que alguna vez no sintamos lo que quisiéramos sentir. A veces somos temerosos y nostálgicos cuando deseáramos ser confiados, alegres y valerosos. Entonces, tenemos que intentar comprender las causas que originan esos sentimientos, porque –aunque los experimentemos– sus causas son desconocidas para nosotros. A veces tienen origen en ideas infundadas, en convicciones poco firmes, en voluntades débiles, en experiencias no procesadas adecuadamente, en hábitos no perfectivos. Por eso es preciso esclarecer nuestros estados afectivos, para reorientarlos adecuadamente.

Así pues, a la pregunta ¿por qué estudiar los sentimientos? podemos responder: porque con ellos percibimos de manera inmediata la realidad, y si no están bien encauzados, pueden engañarnos. Por ejemplo, es frecuente la experiencia de la afirmación de los

sentimientos de una joven que, por miedo a subir de peso, se puede “sentir gorda” cuando en realidad está delgada; una persona dominada por el sentimiento de la envidia, puede alterar su percepción de la realidad, ya que su obsesión le puede llevar a deformar la realidad propia y ajena; así, también un individuo poseído por los celos respecto de una persona, interpreta erróneamente la realidad, ya que cada detalle, cada olvido, le llevan a confirmar sus sospechas.¹

Hoy en día, se podría decir que es especialmente necesaria una educación de los sentimientos, porque a menudo ellos llevan las riendas de la vida de muchas personas. ¿Qué extraño influjo ejerce sobre nosotros esa maraña de sentimientos?. En cierta manera, las personas tenemos una especie de filtro respecto de la realidad, con el cual captamos de ella sólo lo que nos parece interesante, agradable, etc. Ese filtro lleva siempre un colorido sentimental que hay que analizar, porque nosotros mismos somos quienes le otorgamos a la realidad el poder de interesarnos, de subyugarnos, de fascinarnos, de aterrorizarnos, de cautivarnos, o de repelernos.

Como sabemos, la patología (*pathos*=sentir, *logos*=ciencia, tratado) se ha dedicado a estudiar la

¹ Que bien lo ha sabido representar el genio de Shakespeare en su obra *Otelo*, en la cual el insidioso Yago logra su objetivo: despertar la desconfianza de Otelo respecto a la honestidad de Desdémona. Una vez que lo ha logrado, lo demás ya es sólo un desencadenamiento, porque aquel fuerte sentimiento se encargaría de mover la conducta y la desgracia de Otelo.

dinámica de ese complejo mundo de los sentimientos, especialmente cuando un sujeto ya no es capaz de controlar esos procesos de manera natural. En realidad, las enfermedades pueden tener orígenes físicos o psíquicos; y, sin embargo, las enfermedades más dolorosas son las del alma. Muchas de éstas presentan una afectividad bastante «descolocada».

Si las facultades superiores dirigen la vida humana, la afectividad estará, en gran medida, influenciada por ellas. Por tanto, debe haber una inteligencia clara, con criterios verdaderos, rectamente formada. En la medida en que esto sea así, la voluntad se puede adherir a lo que la inteligencia le presenta como bueno, ya que la voluntad de por sí es ciega, y opera sólo según la luz de la inteligencia que le alumbró el camino; de esta manera con la repetición, tanto de actos de la inteligencia como de la voluntad se van configurando hábitos que constituyen el fondo profundo de cada ser humano, y que tanto influyen en los sentimientos.

Por este motivo entendemos que es fundamental buscar la verdad y aumentar el nivel de formación que tengamos, porque eso facilita o dificulta a la voluntad —que es también otra importante facultad operativa—, la cual se robustece adhiriéndose al bien que le presenta la inteligencia, o, de lo contrario, si se resiste ante el bien, la voluntad se debilita. Aquí aparece la libertad que acompaña a la voluntad, porque todo querer o no es libre o no es querer.

En el animal —a diferencia del ser humano— el conocimiento sensible y su respectiva apetición, están irremediabilmente dirigidos y fijados con vistas a la ac-

ción práctica, la cual va dirigida a conseguir aquellos bienes necesarios para su supervivencia. Esa predeterminación o fijación de la sensibilidad animal, tiene la ventaja de defenderle en el uso de esos bienes sensibles, de manera que su “conducta” animal está siempre a favor de su propia supervivencia y la de la especie.

En el hombre, en cambio, hay un “espacio” entre la sensibilidad humana y la acción práctica, de manera que la conducta del ser humano no está prefijada instintivamente, sino que tiene que ser “inventada” y gobernada libremente por él. Sus apetitos no se cumplen de manera inmediata e instintiva. Por tanto, cabe ahí la presencia de la inteligencia y de la voluntad. Pero esto es también un gran problema para el hombre, porque no está protegido por los instintos, de manera que, aún cuando está llamado a echar mano de su inteligencia y voluntad para conducirse adecuadamente, puede no hacerlo y equivocarse. Evidentemente, el ser humano puede ir en contra de sus facultades, puede darse un “apagón” en su inteligencia, y un decaimiento de su voluntad, y, por tanto, entregarse de manera desbocada a su sensibilidad, a sus tendencias sensibles.

Justamente, la educación de la afectividad se dirige a ese “espacio” de la inteligencia y de la voluntad. Para empezar, se tiene que llamar la atención sobre la importancia de estas dos facultades. Todo ser humano –le guste o no, las haya desarrollado o las haya violentado–, ha sido dotado con una inteligencia y con una voluntad. Esta dotación no es gratuita, en primer lugar porque, como hemos señalado, el ser humano no

está protegido por la instintividad de sus tendencias, como lo está el animal. Por tanto, su vida está encomendada a él mismo. El hombre es tarea para sí (*causa sibi*, decían los clásicos), ¡es libre!. Pero lo es, precisamente, porque posee inteligencia y con ella voluntad. Puede fracasar en esa tarea o no, pero eso depende de él. Lo que queda claro es que para realizar esa exigencia, el ser humano cuenta con su inteligencia y su voluntad. Puede usarlas acertadamente o no, pero eso no impide que aquello le sea imputable, sino que tiene que responder de ello, como veremos a continuación.

En segundo lugar, porque gracias a que el ser humano puede contar con sus facultades superiores tiene una exigencia: la del crecimiento irrestricto. Y en esto el hombre es responsable. Aparece entonces la dimensión ética de la conducta humana. El sujeto puede aceptar esta responsabilidad o no, pero en cualquier caso no deja de ser responsable de las consecuencias. En cierto modo, el ser humano está obligado a dirigir sus facultades acertadamente, y no da igual hacerlo o no, porque ahí no sólo está comprometido su propio desarrollo, puesto que también afecta a otros.

Por tanto, en definitiva, a la pregunta de ¿por qué educar los sentimientos? se podría responder: porque en el hombre no hay una determinación instintiva sino que cuenta con las facultades de inteligencia y voluntad, con las cuales tiene que tratar de acertar para dirigir su conducta correctamente. Dentro de esa tarea se encuentra la dirección de sus sentimientos. Gracias a su inteligencia y voluntad el hombre es libre y sujeto a

calificación moral en el modo como conduzca o ejercite sus facultades.

Precisamente porque la vida humana la deben dirigir la inteligencia y la voluntad, el déficit de ese control también tiene sus consecuencias. Es lo que habíamos dicho de los hábitos, y en general de todo ese cúmulo de experiencias, de hechos; toda esa conducta que se lleva realizando, y que va predisponiendo perfectiva o degenerativamente nuestras facultades. Es decir, que no es indiferente que haya habido en nuestra vida gobierno por parte de nuestra inteligencia rectamente formada, y por parte de la voluntad que se abraza con el bien. De las veces que no haya habido ese dominio, somos responsables nosotros, porque así nos disponemos a percibir o sentir equivocadamente la realidad.

Tenemos que contar con que hoy, en gran parte se ha renunciado a ejercitar la inteligencia y la voluntad, y entonces sólo queda vivir de la afectividad, estamos viviendo como nunca una época en que la gente se conduce primordialmente bajo el imperio de la afectividad. Pero la afectividad está mejor o peor dispuesta según esa presencia o ausencia de vida racional y libre, es decir, según los hábitos perfectivos o degenerativos que uno posea. Si la afectividad está “suelta”, sin control que dirija su fluir, entonces puede suceder que nos encontremos con una afectividad “descolocada”, desatada sin ningún control, sin reorientación alguna, con la cual el sujeto altera su realidad y la de su entorno.

La afectividad es, junto con la inteligencia y la voluntad, una dimensión operativa de nuestro ser. Justamente por ser una potencia activa, la afectividad

humana puede recibir influencias de otros factores de la personalidad y a la vez influenciarlos, pero está llamada a subordinarse a las potencias superiores, porque, de lo contrario, se originan muchos estropicios en la propia vida y en la de los demás.

Evidentemente, la afectividad humana es suficientemente compleja como para ser explicada con simplicidad, pero ¿qué realidad humana no lo es?. Sin embargo, su dificultad no puede ser excusa para no intentar aclararla, sino todo lo contrario. Es necesario tratar a un alto nivel el tema de la afectividad humana. Lo es para toda persona, pero de modo especial para un educador, ya que es asunto fundamental en la formación de niños y jóvenes.

Como hemos señalado, la educación de la afectividad es especialmente necesaria en nuestros días. Siendo la inteligencia, la voluntad y la afectividad, las tres facultades operativas humanas más importantes, las facultades superiores son la inteligencia y la voluntad, y la afectividad debe estar supeditada a ellas. Sin embargo, como señalamos, se ha ido produciendo una especie de transmutación, y la afectividad está pretendiendo llevar las riendas de la propia vida.

Hoy se piensa poco (respecto a la actividad de la inteligencia: o bien se huye ante ella, o en todo caso se la deja pospuesta, y hasta hay quien se gloria de no pensar); la voluntad, por su parte, cada vez se encuentra menos fortalecida y, entonces, la acción práctica está dirigida en gran parte por los sentimientos. Mucha gente hace depender su día del modo “como uno se sienta”. No vamos a detenernos a explicar cómo hemos llegado

culturalmente a esta situación. La renuncia a la inteligencia se ha ido produciendo en circunstancias históricas determinadas, lo cual dio lugar al llamado *pensiero debole* (pensamiento débil): el pensar corto de miras, abocado sólo a unas cuantas cositas urgentes e inmediatas, muy concretas, sólo atendiendo a fines prácticos, sin grandes ambiciones de profundización ni de amplitud. Las metas profundas y a largo plazo casi no existen. En medio de este ambiente se encuentran los niños y los jóvenes, con prisas por vivir, quemando caprichosamente los instantes.

Sin embargo, sobre el sentimiento no se asienta una vida; por ello es necesario proponer y hacer efectiva una adecuada educación de la afectividad. El problema se complica, porque, para atenderlo, se precisa de educadores idóneos. Desde siempre, en una sociedad, las generaciones adultas tienen una cierta responsabilidad educativa respecto de las nuevas generaciones, pero hoy, gran parte de la gente adulta se encuentra también en esa situación de confusión y perplejidad. El ambiente cultural, social, etc., es tal, que se precisa de verdaderos “maestros” que corrijan ese déficit.

Por otra parte, es cierto que el laberinto no va a dejar de ser enmarañado por sólo el hecho de aclararlo, pero éste es el primer paso para salir de él. Salir del estado de perplejidad es importante para toda persona, pero lo es de modo especial para un educador. Para esto, es menester pararse a pensar, y si uno no está dispuesto a hacerlo entonces se ha renunciado de antemano a la verdad. En esta situación uno queda desasistido, se va por la vida sin verdad, se vive el

momento, de acuerdo a “lo que se sienta” o se busca la utilidad según la deriva pragmatista.

Sin embargo, insistimos, esa manera de vivir no queda impune, ya que las consecuencias son inevitables. La afectividad desasistida de la inteligencia y de la voluntad queda a merced de sí misma y es altamente destructiva del sujeto. Si se renuncia a que la inteligencia y la voluntad lleven las riendas de la propia vida, ésta queda en manos de la afectividad. Cuando esta situación es llevada al extremo se puede dar lugar a verdaderas patologías.

Las anomalías de la afectividad son a veces imperceptibles, pero reales. Esto se puede ver en el aprendizaje, en el cual influye la afectividad. Esto lo tienen que saber los profesores evitando refugiarse en la llamada educación “intelectual” (que en realidad suele reducirse a mera información, asociación de datos, o mero aprendizaje de técnicas). Sin embargo, aun para lograr esos objetivos a los que se suele reducir la educación intelectual, importa mucho una normalidad afectiva, ya que se sabe que muchos fracasos en el rendimiento escolar de niños y jóvenes tienen precisamente como origen una desestabilidad emocional, o una “afectividad descolocada”.

Un alumno en esa situación, ¿cómo podrá estudiar y rendir adecuadamente?. Los seres humanos tenemos unidad entre nuestras facultades sensibles y espirituales, somos cuerpo y espíritu, sensibilidad y racionalidad, por ello, tiene mucho que ver el temperamento de cada educando, y también la educación y las influencias que haya recibido del ámbito externo. Es importante tener en

cuenta este aspecto especialmente en la educación escolar.

La educación de la afectividad es central en una educación integral. Es importante ayudar a los alumnos a conocer esa dimensión humana y a ponerse en condiciones de dirigirla adecuadamente, para que juegue a favor, y no en contra, de su desarrollo, de manera que, poseyendo una normalidad afectiva, se encuentre en situación de llevar adelante el esfuerzo que comporta estudiar y desarrollarse personalmente, así como ayudar a los demás en esa tarea.

Por otra parte, es posible que más de una vez acuda algún alumno a pedirnos ayuda y entender qué es lo que les sucede. A veces, vienen perplejos, angustiados, etc., buscando una luz que les ayude a ver claro, y una sonrisa para sentirse aceptados. La mayoría de los jóvenes tienen un gran anhelo de autenticidad, y buscan una orientación, alguien que les ayude a dar un paso adelante; y los educadores tenemos que estar en condiciones de proporcionar esa ayuda, y lo que es mejor aún, tenemos que aspirar a ayudarles con el ejemplo, es decir, con el esfuerzo en hacer realidad en nuestras vidas aquellas verdades y valores que les ayudamos a descubrir.

Para esto es preciso empezar por entender la dinámica propia de la afectividad del educando, saber por qué se siente cómo se siente. Sin embargo, esta pregunta puede hacerse según distintos niveles de profundidad. Puede ser que uno se contente con saber las causas inmediatas de su estado sentimental. Por ejemplo, a la pregunta ¿por qué me siento triste?, puede

responderse de manera inmediata diciendo: por tales circunstancias o porque me ha sucedido tal cosa. Pero también se puede ir hasta niveles más profundos todavía, como los del conocimiento de sí mismo, porque, evidentemente, si algo desde la realidad exterior es capaz de producirnos ese sentimiento, es que encuentra correspondencia, “complicidad” en el interior de uno mismo.

Importa mucho conocernos, cada uno es un quién irrepetible. Por ejemplo, como todos sabemos, cuando se les da una misma noticia a dos personas éstas no reaccionan de igual manera. ¿Por qué a una le pone triste esa noticia y a la otra le deja indiferente? ¿Por qué hay cosas que nos enfadan y otras que no significan nada para nosotros?. Los hechos y la realidad no tienen la misma incidencia en dos personas, es posible que una se disponga a la acción y la otra se repliegue. ¿Por qué unos buscan la aventura y otros se retraen? El asunto es complicado, porque no solamente se trata del temperamento, ya que en personas que han vivido algunos años, ya no se da el nudo temperamento, sino que éste va acompañado de las experiencias, los hábitos, las convicciones, costumbres y modos de pensar del sujeto.

Precisamente por esto, por la inevitable influencia de las facultades superiores y de las experiencias vividas, es posible y deseable una educación de los sentimientos. Si los sentimientos acompañan la evaluación que continuamente hacemos de la realidad, tenemos que examinar esa evaluación. Si la vida afectiva se enriquece o se empobrece de acuerdo con lo que filtramos de la realidad, hay que revisar nuestro filtro; es decir, tenemos

que ejercer un juicioso discernimiento sobre la verdad de esas valoraciones, de los criterios o prejuicios que tenemos. Es bien conocida la afirmación de que un hombre soporta cualquier “cómo”, si tiene “un por qué”. También es conocida la frase de Epicteto: “Al hombre no le hacen sufrir las cosas sino la idea que tiene de ellas”.

Este discernimiento es necesario para toda persona humana, pero lo es de modo especial para los niños y los jóvenes, ya que si no cuentan con los criterios adecuados se entristecen y hasta sufren verdaderamente por la carencia de bienes falsos. ¿Cómo han llegado a esa valoración equivocada, y cómo hacer para que tengan una percepción más equilibrada de la realidad?

Evidentemente, uno de los medios educativos más adecuados es incidir en las facultades superiores del educando, *empezando por ayudarle a aclararse qué es el bien y qué es el mal verdadero*, orientándole de manera que se alegre con los bienes verdaderos y a que deje de sufrir por bienes falsos, y que en cambio sepa entristecerse sólo por los males auténticos, y no por aquellos que, equivocadamente, consideramos como tales.

Este esclarecimiento es tanto más importante en cuanto que los afectos son justamente reacciones sensibles ante el bien y ante el mal, por eso parten de esa valoración, y como somos falibles y podemos equivocarnos, es necesaria una pedagogía de la afectividad, para poner a los sentimientos en su lugar.

Así pues, ayudar a un alumno a aclararse supone conocer la dinámica propia de la afectividad, no sólo la causa externa de aquel sentimiento sino que la pregunta

¿por qué a mí me acaece la tristeza?, en principio lleva a plantearse él por qué de esa tristeza (en ese niño o joven), y sí la causa que la provoca (pro-vocar: llamar), está justificada o no.

Pero todavía se puede ir más al fondo del asunto y preguntarse ¿por qué le acaece al ser humano en general la tristeza?, es decir, ¿qué hay en su naturaleza que hace posible la aparición de ese sentimiento?, porque como es obvio, de las plantas no se dice que estén tristes, alegres, o que se enfurezcan, etc. De manera que, en ese caso y sintetizando, podemos distinguir tres niveles de conocimiento de la afectividad:

a) ¿Por qué me siento como me siento?

Respuesta inmediata: causa externa (sucesos, circunstancias, hechos, etc.). Mediante esas situaciones o acontecimientos, uno echa en falta un bien que *uno* considera necesario. Por tanto, cabe preguntarse: ¿Qué me ha sucedido? o ¿qué me falta?

b) ¿Por qué me siento (yo) como me siento?

Es decir, ¿por qué yo considero tales cosas como bienes o males? Respuesta mediata psicológica: ¿por qué me afecta a “mí”?, ¿cuál es mi temperamento y qué hábitos tengo?, ¿qué experiencias hay en mí?, ¿de qué creencias parto?, ¿cuáles son mis valoraciones?, ¿cuál es la verdad de todo ello?.

c) *¿Por qué al ser humano le acaece la tristeza?*

Respuesta mediata filosófica (incursión en la naturaleza misma del ser humano).

Desde luego que aplicarse a dar respuestas a aquellas preguntas es algo arduo, exige pensar, pero no hay otra manera de empezar a aprender a manejar nuestra afectividad. Quienes somos educadores debemos tener mucho optimismo y ser constantes, a pesar de que encontremos en los educandos, una fuerte resistencia a pensar. Las causas de esa situación las conocemos y no vamos a detenernos más en ello, pero hay que tener en cuenta que a los niños y jóvenes les van diciendo por ahí que las cosas son fáciles, que vivir lo es, que sólo hace falta dejarse llevar y regirse por la ley del mínimo esfuerzo.

Sin embargo, lo que vale cuesta, por lo que tenemos que ir contracorriente y educar la afectividad *empezando por meter la razón, la inteligencia y la voluntad en los sentimientos, emociones y pasiones, y esto conlleva esfuerzo*. Por otra parte, si renunciamos a pensar, nos condenamos a quedarnos en la oscuridad, a no alcanzar la verdad, de nosotros mismos y de las cosas que nos rodean. Ya sabemos que pensar, “pararse” a pensar, no es fácil actualmente; las prisas, el trajinar de estos momentos, hacen difícil el pensar, pero precisamente por eso es urgente hacerlo.

Por otra parte, desde el punto de vista pedagógico, se pueden distinguir cuatro posturas principales en torno a la educación de la afectividad. La primera, deriva de la filosofía naturalista rousseauiana.

Ésta sostiene que los seres humanos tenemos por naturaleza buenos sentimientos, con lo cual ¿cómo pueden ser educables los sentimientos, sin que se los someta a una violencia externa?. Según la concepción del educando que se da en *El Emilio*, éste no tiene problemas en conducirse, hasta que choca con los condicionamientos sociales externos.

Según esa corriente pedagógica, los buenos sentimientos y deseos surgidos de las necesidades primarias biológicas y del desarrollo psicológico ofrecen la imagen, ¿real?, del hombre natural. Así, las ideas y afanes provenientes de necesidades “ficticias” pervierten el natural bueno del hombre. Respetar la *espontaneidad* es la clave para encontrar la senda perdida de la naturaleza. Por tanto, sostienen que hay que fomentar la espontaneidad a toda costa y rechazar todo lo que pueda coartarla.

La segunda postura lo presenta la corriente intelectualista. Para ésta no hay una educación de la afectividad por que, sostiene, la educación se reduce sólo a la enseñanza intelectual, basta con ella para ser bueno y conducirse bien. Los sentimientos serían entonces no sólo ajenos sino en todo caso perturbadores, y hasta denigrantes. Sin embargo, la inteligencia sola no basta.

Un tercer planteamiento lo presentaría la pedagogía de corte kantiana la cual dice que los sentimientos personales son elementos extraños, dentro del “desinterés” que se exige para que una acción pueda atenerse al imperativo moral y sea moralmente buena. La primacía la tendría el imperativo categórico que se

basa, no en la norma objetiva de moralidad, sino en la conciencia subjetiva autónoma.

Otra postura es la actitud estoica que consiste en tratar de hacerse invulnerable al sufrimiento y en general a cualquier sentimiento perturbador de la tranquilidad del sujeto. Se considera que ser afectado o mostrar los sentimientos es una situación vergonzosa en el ser humano.

De todas estas posturas, lo cierto es que se hace necesaria la consideración acertada de los sentimientos; en primer lugar porque éstos son propios de la naturaleza humana, y si bien no tienen que ser hegemónicos, tampoco se les puede pasar por alto, precisamente porque en la actualidad son los que están pretendiendo dirigir la vida de muchas personas.

También porque aunque la naturaleza racional del ser humano está llamada a lo más alto, sin embargo esos niveles no están conseguidos de antemano. El hombre es “tarea para sí mismo”, constantemente tiene que estar esforzándose por incrementar su dote de verdad y de bien, corrigiendo su posibilidad de equivocarse y de querer y hacer el mal.

Tampoco basta con la formación intelectual. Hay personas que saben bien lo que tienen que hacer y sin embargo, no existe fuerza humana en el mundo que pueda obligar a su voluntad a que quiera y se decida a hacer eso que sabe que tiene que hacer, depende de su libertad. Por esto es necesario formar la voluntad con hábitos firmes para que sea capaz efectivamente de adherirse al bien que la inteligencia le presenta como verdadero.

Para que la voluntad sea fuerte y no traicione, hay que ponerla en condiciones, mediante el ejercicio de hábitos perfectivos, como la fortaleza, templanza, prudencia, justicia, amistad, etc.

En definitiva, la afectividad es importante, pero es necesario darle su lugar, esclarecer su naturaleza, integrar los sentimientos dentro de una personalidad madura. Frente a la pedagogía de la ignorancia que pretende hacer como si los sentimientos no existieran, es preciso decir que, evidentemente, es un hecho que los sentimientos existen y no desaparecen por el solo hecho de no considerarlos.

Así pues, aunque la afectividad no es una dimensión operativa del más alto nivel (la inteligencia y la voluntad son superiores), esto no exime de tenerla en cuenta y de profundizar en ella, más aún cuando actualmente pretenden hacerle tener la primacía. Cabe, pues, considerar la índole de los sentimientos y su despliegue.

II

LA TENDENCIA AL BIEN PLACENTERO Y AL BIEN ARDUO

En el ser humano los sentimientos tienen una base orgánica, por eso la dinámica de la afectividad involucra a las facultades sensibles. Se trata de un proceso que empieza por los sentidos. Para situarnos podemos decir esquemáticamente que el ser humano posee facultades cognoscitivas y apetitivas. Las primeras son facultades muy importantes porque son posesivas de manera inmediata. Uno ve el mar, o una rosa, y se hace el mar, la rosa, las posee cognoscitivamente. En cambio, a diferencia de las facultades cognoscitivas, las apetitivas no son posesivas, sino todo lo contrario: se dirigen hacia algo, o alguien, que está fuera del sujeto, son tendencias (tender = dirigirse hacia).

A su vez, tanto las facultades cognoscitivas como las tendenciales pueden ser sensibles o intelectuales. Sin embargo están muy relacionadas. Unas influyen en otras. Así por ejemplo, en el nivel básico, el conocimiento sensible despierta a las tendencias sensibles. Esto lo saben los expertos en publicidad, cuando por ejemplo

publicitan un tipo de comida, tratan de ponerla ante nuestros ojos. Al verla, se despierta nuestro apetito de ella, lo cual tiene una manifestación orgánica (secreción en las glándulas salivales, etc.) Se podría decir que estudian la manera como nos “entra” sensorialmente.

Este conocimiento es un modo de posesión inmaterial. Así pues, una vez que “entra” por los ojos, por el oído, (a veces, también apelan a otros sentidos muy unidos al de la vista y el oído: la imaginación), entonces esa imagen nos mueve.

El conocimiento, aún en su nivel más básico como es el sensible, conlleva posesión inmaterial. Desde la antropología filosófica se sabe que la capacidad de posesión del ser humano no es única ni principalmente la material. La relación con el mundo externo sólo es posible gracias al conocimiento. Por ejemplo, no somos el mar, pero podemos poseerlo intencionalmente, gracias a verlo, olerlo, sentirlo. No somos una rosa, pero la hacemos nuestra cuando la vemos. Precisamente, el conocimiento sensorial del mar, de la rosa, hace que nos veamos atraídos por ellos.

Según la filosofía clásica *sólo es querido (o apetecido) lo que es conocido*. Si no conociéramos el mar, o una rosa, qué difícil es que nos veamos atraídos por ellos. Por eso, luego veremos la importancia que tiene la prudente conducción y la vigilancia de la vista, de la imaginación, de la memoria, etc., en el control de los sentimientos.

Las tendencias o apetitos sensibles básicamente se dirigen hacia la consecución del bien placentero, y hacia el bien arduo o difícil de conseguir. En realidad, las

tendencias humanas son muchas, pero se agrupan en dos: la tendencia al placer sensible y la tendencia al bien arduo que es lo que a veces se manifiesta en la agresividad. Sin embargo, como habíamos señalado antes, todas las facultades humanas (cognoscitivas, las apetitivas, las sensibles, las intelectuales) están interrelacionadas.

Por tanto, la mayoría de nuestros actos están cargados de esa interrelación. Así por ejemplo, la tendencia al gregarismo busca la compañía de los demás considerándola un bien placentero, y puede despertarse simplemente por unas valoraciones inconscientemente aprendidas a partir de la imitación de otros, o de la propia experiencia, pero también puede haber una educación respecto de los fundamentos claves de la sociabilidad humana.

Otro ejemplo: la tendencia a la supervivencia ha sido considerada instintiva, ya que es muy básica, está sostenida por la tendencia a lo placentero y defendida por la agresividad cuando aquella se ve amenazada; y sin embargo, en algunos seres humanos esa tendencia puede verse bastante alterada, por las valoraciones del sujeto respecto a su propia vida, por lo que también cabe una educación en ese sentido.

En general, las tendencias humanas básicas son muy fuertes y es necesario educarlas porque pueden jugar en contra del desarrollo humano, por eso merecen ser consideradas detenidamente. Empezaremos por resaltar el hecho de que las tendencias o apetitos sensibles son propios de los seres vivos que poseen conocimiento, a saber: los animales y los seres huma-

nos. Es el conocimiento el que despierta el apetito. Si aquel no se diera éste no se pondría en marcha. Las plantas, por ejemplo, no poseen apetitos, porque no tienen facultades cognoscitivas.

En el animal sólo hay facultades cognoscitivas sensibles: los sentidos externos: vista, oído, tacto, etc. y los sentidos internos: sentido común, imaginación, memoria, estimativa. Por ello la apetición animal sólo es a nivel exclusivamente sensorial. En el ser humano, en cambio, se cuenta además con su dimensión espiritual, con facultades superiores (inteligencia, voluntad). Entonces, la apetición no sólo puede ser sensible sino también de otra índole: intelectual. Ese apetito racional se llama voluntad, y está “alimentada” por ideas, convicciones, valoraciones, etc.

Por otra parte, podemos señalar que el conocimiento y el apetito sensible están supeditados a la acción inmediata; por ello se dice que en el animal hay instinto y en el hombre no, porque se suprime esa inmediatez de lo instintivo, debido a que en el ser humano hay un “espacio” para la inteligencia y la voluntad. Por tanto, su conducta no puede ser instintiva sino dirigida por la inteligencia y la voluntad, lo cual constituye una apasionante tarea educativa.

A este punto, nos podemos plantear: ¿por qué hay personas tan impulsivas que obran instaladas en la inmediatez? Advirtiendo que cada uno es distinto, podemos decir que probablemente que los factores temperamentales y de carácter, hayan quedado sin educar. Se ha dejado sin aprovechar ese “espacio” de la inteligencia y de la voluntad, sin que hayan hábitos

buenos, ni convicciones profundas que los sostengan. Cuando esto sucede es frecuente que aquella persona supedita su inteligencia y su voluntad a sólo la consecución de resultados prácticos. En ese caso, no es de extrañar que impere la inmediatez no sólo en sus sentimientos sino en sus reacciones en general.

Si este comportamiento “instintivo” se ha hecho un hábito, el sujeto frecuentemente tiene como “fondo” una actitud relativista, cuando no escéptica, respecto de la verdad. Cuando la inteligencia se ha “apagado” y se ha sustituido por los impulsos inmediatos, es frecuente que imperen sólo los sentidos externos (vista, oído, olfato, tacto, etc.) e internos (imaginación, memoria, etc.). Por ejemplo, la imaginación lleva al sujeto a operar con las relaciones condicionales prácticas: “Si esto... entonces aquello”, donde “esto” y “aquello” son muy concretos, singulares, sin ver nada más.

Las relaciones condicionales prácticas son muy importantes, pero deben estar asistidas por la iluminación del conocimiento intelectual, de lo contrario, la voluntad difícilmente puede asentarse plenamente, porque ésta requiere no sólo de que el sujeto imagine, relacione o asocie; sino que piense, que sus ideas sean lo suficientemente profundas hasta llegar a plantearse la esencia de las cosas, de las personas, de los asuntos, etc. De lo contrario, la voluntad decae y el sujeto se entrega al pragmatismo, se incapacita para la reflexión, o queda a merced de sus sentimientos. Por ejemplo, el temor suele ser exacerbado por una imaginación descontrolada, que “adelanta” los acontecimientos, presentando unas imágenes quizá lejanas de la realidad.

A modo de resumen, tenemos entonces los siguientes datos como punto de partida:

1. Los sentimientos tienen base orgánica, se asientan básicamente en las tendencias.
2. En el animal, los sentimientos surgen del conocimiento y de las tendencias exclusivamente sensibles.
3. En el hombre, en cambio, surgen de las facultades sensibles junto con la inteligencia y voluntad, así como de todo el conjunto de hábitos, experiencias, criterios, valoraciones, etc., del sujeto.
4. Los apetitos o tendencias van muy unidas al conocimiento. Se puede resumir con el principio clásico: “Nada es querido si antes no es conocido”.
5. En el animal, los apetitos sólo se despiertan por el conocimiento sensible y tienen un solo cometido: dirigir al animal a la acción práctica. Por ejemplo, hacerse con lo que apetece, pelear contra lo que se oponga a esa consecución, ya se trate del alimento, o de ir detrás de su pareja animal.
6. En el hombre, los apetitos no están a nivel exclusivamente sensible; sin embargo, las tendencias sensibles se despiertan sólo en ese nivel, en caso de que el sujeto haya renunciado a usar su inteligencia y la haya convertido únicamente en proveedora de relaciones prácticas, de índole representativo.

Con todo, en esta introducción, sólo hemos puesto en relación el conocimiento con la apetición, bien

entendido que el hombre, a diferencia del animal, cuenta no sólo con conocimiento sensible, sino que además posee facultades espirituales como la inteligencia y la voluntad.

Sin embargo, podemos detenernos un poco en las tendencias sensibles, que tienden básicamente al bien placentero y al bien arduo. Éstas se han denominado clásicamente: apetito concupiscible y apetito irascible. Si nos aclaramos un poco su naturaleza, podemos dejar de lado errores, como ver al placer como algo malo de entrada, o ver la irascibilidad o agresividad como si fueran irrefrenables.

1. *El apetito concupiscible:*

Es la tendencia que se dirige directamente al bien placentero, y como habíamos advertido, esta tendencia va acompañada de un tipo de posesión previa: el *conocimiento*. Esta posesión inmaterial pone en marcha la tendencia hacia la posesión material de ese bien conocido. Se puede observar que esta segunda posesión conlleva placer (la posesión inmaterial también); aunque no podemos olvidar que antes del placer está otro acto, el de la posesión inmaterial o material, y cada uno de estos actos tiene un fin propio. Así, por ejemplo, un ser humano tiende a bienes placenteros, como son la comida y la bebida, porque son “buenos” para él, ya que son indispensables para su supervivencia. El placer es un “acompañante” de esa finalidad, de manera que lo importante es el fin -alimentarse- de la operación de

comer y beber, siendo la función del placer la de facilitar esas operaciones.

¿Por qué es importante ese “acompañante” que es el placer?. Esa ayuda es importante, porque lo son esas operaciones que son las que hacen posible la supervivencia o conservación de la propia vida. Así, pues, comer y beber tienen como fin alimentarse para mantener la propia vida. De manera que lo más importante no es el placer, sino su finalidad; el placer es sólo un acompañante del acto u operación de comer o beber.

Para cumplir la finalidad de alimentarnos contamos con la dirección de la inteligencia y la voluntad. En cambio, si esas facultades rectoras son marginadas, y prima la búsqueda del placer por él mismo, se está alterando la finalidad verdadera, sustituyéndola por el placer; pero si el fin es sólo el placer, entonces se producen grandes estropicios para el ser humano. Así, los romanos decadentes cayeron en el abuso de comer y beber sólo por el placer, después de lo cual se dirigían a unos vomitaderos, para vaciar el estómago y volver al festín, por el placer de seguir comiendo y bebiendo. No es de extrañar la ruina que les sobrevino.

No se puede perder de vista que el placer es sólo un acompañante que facilita esas operaciones tan importantes para el ser humano. ¿Qué pasaría si no encontráramos placer al comer o al beber? Quizá que, como somos tan flojos, nos dejaríamos morir de hambre. Si al ir a comer tuviéramos que hacer un “sacrificio”, probablemente no lo haríamos tres veces al día ni todos los días. En cambio, no es difícil “sacrificarse” al comer, por ejemplo, un delicioso almuerzo.

El comer y el beber son actos que tienen como fin la alimentación que hace posible la supervivencia propia. Nadie puede comer por otro. Sin embargo, la supervivencia propia no es lo único importante. También está la supervivencia de la especie humana. Es importante cuidar de la continuidad de la especie para que ésta no desaparezca. Aunque, si bien es verdad que el cumplimiento de este mandato es responsabilidad de la especie humana no lo es de cada individuo, ya que pueden haber algunos que se eximan de esa tarea a favor de otros bienes más altos, por ejemplo: cuidar de otros seres humanos y de su formación, velar por sus padres enfermos, etc.

Los actos naturales relacionados con la procreación de los seres humanos involucran la sexualidad humana. Por eso, la tendencia concupiscible tiende a ellos como un bien, y realmente son un bien muy importante para la supervivencia de la nuestra especie.

Sin embargo, de modo semejante a los actos referidos a la propia supervivencia, estos actos tienen la posibilidad de desordenarse, ya que en lugar de ordenarse a la consecución de su finalidad intrínseca (la cual es en este caso la procreación de otros seres humanos y la ayuda mutua de los cónyuges), puede ir sólo en pos del placer, sustituyendo aquella finalidad por ésta, por la búsqueda del placer que esos actos conllevan.

Es verdad que existe mucho placer en la realización de los actos procreadores, pero no hay que perder de vista que es un acompañante que facilita la ejecución de esos actos, en vista de sus fines, ya que

la procreación humana, como la alimentación, es muy importante, y si no tuvieran ese facilitador, es probable que no se realizara. Si para procrear hubiera que realizar un “sacrificio”, entonces es muy probable que se dejara de realizar, y la especie humana iría disminuyendo hasta desaparecer. Algo de esto está empezando a ocurrir, cuando se ha separado el acto de la procreación de su finalidad y se le ha unido al placer, que ha dado lugar a un descenso en las tasas de natalidad.

En resumen, la tendencia concupiscible se dirige a la consecución de bienes inmediatos, sensibles, materiales, cuya posesión causa placer. Este placer debe ser controlado porque, de lo contrario, se introduce el desorden. No puede olvidarse que estas tendencias son muy básicas, importantes sí, pero están en función de bienes mejores. Conservar la vida –propia y de la especie– es algo importante, porque sin la vida no se tienen los demás bienes. Sin embargo, está en función de bienes superiores y aspirar a éstos es mejor que quedarse en los bienes materiales.

La verdadera “calidad de vida”, de la que tanto se habla hoy, se encuentra en aquella que, habiendo cubierto las necesidades elementales para la supervivencia, cultiva los bienes superiores, los del espíritu, de manera que los bienes materiales son un medio para alcanzar éstos. De lo contrario, el ser humano puede confundirse y cambiar la vida buena por la buena vida. Por esto hay que tener presente que los valores en los que se asienta aquéllas son superiores a los de ésta, y no restringir los bienes sólo al bienestar material.

Tratar de evitar aquella confusión parte de una correcta valoración de la tendencia concupiscible. La naturaleza es “sabia” y estamos “bien hechos”, gracias a la providencia divina. La posibilidad de introducir el desorden es real, pero tenemos el reto de la sabia conducción de la propia vida. Por ello hay que esforzarnos por no regirnos por la tendencia a los bienes placenteros. Esto supone valorar adecuadamente el placer, porque no es verdad que éste sea malo, como tampoco lo es el dinero –con el que se accede a bienes materiales–.

Las visiones distorsionadas y falsas no educan, ni a los niños ni a los jóvenes. Entre otras cosas, porque siendo que el placer, el dinero o la sexualidad, no son malos, no tardarán mucho en descubrir el engaño. Y, entonces, pueden pasarse al extremo contrario, a decir que son buenos por sobre todas las cosas. Eso es abrir el camino al cinismo, como el del que dice: “si el dinero corrompe, corrómpame más por favor”.

Para educar en estas realidades no hace falta desnaturalizarlas, ni mentir, lo que hay que hacer es ponerlas en su sitio, no más, pero tampoco menos: en su justo lugar. Y resulta que la tendencia concupiscible, como la irascible, tienen una función importante. Lo que hay que cuidar es que esa tendencia no se desordene, y eso corre a cargo de la educación, especialmente a través de un hábito, que es el de la templanza.

2. La tendencia irascible:

Es la tendencia al bien arduo o difícil de alcanzar. De modo semejante a la tendencia concupiscible, tiene una finalidad importante en el ser humano, y es la de ayudarlo a enfrentarse con las dificultades para poder superarlas y no sucumbir frente a ellas.

Todo ser vivo, pero especialmente el ser humano, tiene que hacer frente a las dificultades. Éstas tienen orígenes diferentes, unas son interiores y otras exteriores; las que presenta el universo, las demás personas, las circunstancias, etc. Por eso, el ser humano no puede evitar experimentar dolor, enfermedad, la incomprensión, las consecuencias de los defectos de los demás, las inclemencias del clima, etc.

La presencia del dolor en la vida humana es inevitable, precisamente por la precariedad de su ser y por la influencia externa que es connatural al discurrir de su existencia terrena. Esa precariedad del hombre y del mundo humano hace posible la experiencia del mal. Éste se ha definido como la ausencia de bien. Desde que nace hasta que muere, el ser humano necesita de muchos bienes de todo tipo: desde los materiales hasta los propios del espíritu humano, y no siempre los tiene. Cuando esos bienes faltan, se detecta un mal, y la experiencia subjetiva de la carencia de esos bienes, el saborear esa deficiencia, es lo que se llama *dolor*.

Experimenta dolor el ser humano cuando no posee los bienes necesarios para la subsistencia, cuando le falta la salud, cuando espera de los demás consuelo o

compañía y no la encuentra, cuando aspira al saber, a la verdad, a la educación y no puede conseguirlos. La gama de los males y del dolor humano son innumerables. Y el ser humano puede descorazonarse frente a la pérdida o ausencia de bienes materiales, frente a sus propios defectos (ausencia de bien), a los defectos de los demás, etc.

Por eso necesitamos una tendencia que nos ayude a enfrentar las dificultades, al mal, y a todo aquello que amenaza con destruirnos. Para ello está la tendencia irascible, cuya manifestación directa es la agresividad que hay que regular.

Lo que ocurre es que esa tendencia puede desordenarse por lo que hace falta dirigirla adecuadamente, con las facultades rectoras que, como hemos dicho, son las de la inteligencia y la voluntad. Esto es lo que da vigor a la tendencia irascible al tiempo que la modera, de modo que la agresividad no sea tan baja que el sujeto sea incapaz de acometer ningún bien arduo, ni tampoco tan alta o exagerada que se enseñoree del sujeto al punto de hacerle caer en la irracionalidad. Esta dirección comporta una tarea educativa, cuya base fundamental es la virtud de la fortaleza.

III

¿QUÉ SON LOS SENTIMIENTOS HUMANOS?

La afectividad constituye una dimensión operativa humana, que junto con las otras dos, la inteligencia y la voluntad, conforman la vida humana. La afectividad humana recoge pues todo un conjunto de tendencias sensibles, de sentimientos, de emociones, de pasiones, de convicciones o maneras de pensar, de hábitos, costumbres, valoraciones, etc.

1. *¿Cómo surge la afectividad humana?*

Básicamente la afectividad humana está constituida por movimientos sensibles, por los que uno se ve “afectado”, por la realidad percibida como algo bueno o malo. Surge debido a la conjunción de los siguientes elementos:

- a. Tendencias sensibles y objetos o bienes sensibles;
- b. Conocimientos, convicciones, valoraciones;
- c. Hábitos y experiencia vivida.

a. *Tendencias y objetos sensibles*

Sobre las tendencias humanas básicas ya hemos tratado antes, por lo que sólo haremos un breve repaso. Son llamados también apetitos o inclinaciones sensibles. Como sabemos, en los animales y en el hombre existen facultades cognoscitivas y facultades apetitivas o tendenciales. La diferencia está en que el animal sólo cuenta con unas nueve facultades cognoscitivas, y éstas son sólo sensibles; en cambio, en el hombre existen además de aquellas una importante facultad cognoscitiva espiritual llamada *inteligencia*. Algo parecido sucede con las facultades apetitivas, ya que el animal sólo cuenta con facultades apetitivas sensibles y el hombre además de ellas cuenta con una tendencia espiritual que es la *voluntad*.

Como ya hemos explicado, las facultades cognoscitivas y apetitivas van muy unidas. Esto se ha expresado en la clásica expresión de que “nada es apetecido si antes no es conocido”, lo cual vale tanto para el nivel sensible como para el espiritual. En el nivel sensible esta relación se da continuamente. Siempre que hay un conocimiento de un bien sensible hay un movimiento o inclinación a aceptarlo, a acercarse, o a rechazarlo y a apartarse, dependiendo de su valoración como bueno o malo.

Como es sabido, en las facultades sensibles nos asemejamos a los animales. Precisamente, el animal tiene sentimientos porque tiene apetitos sensibles y sentidos (externos: vista, oído, tacto, etc., e internos:

imaginación, memoria, etc.); por ello, puede experimentar deseos, temores, ira, alegría sensible, etc. Sin embargo, aunque el animal tiene sentimientos, éstos son diferentes a los del ser humano, ya que éste cuenta con una dimensión espiritual.

Las tendencias sensibles son, por tanto, facultades muy relacionadas con sus objetos. Se despiertan con el conocimiento sensible, ante la presencia de un bien o mal sensible. Ante la imagen sensible de algo o de alguien, ante un recuerdo, etc., se despliega todo un conjunto de sentimientos. De ahí que hayamos señalado la importancia que tiene el cuidado de los sentidos externos e internos también.

En el animal, las tendencias sensibles son diferentes de las del hombre, porque en aquél están fijadas, están predeterminadas indefectiblemente a su objeto, de manera que una vez presentado éste, el animal no puede dejar de tender hacia él o de rechazarle. En cambio, en el hombre las tendencias sensibles hemos dicho que pueden ser racionalizadas, poco o mucho, y por tanto dan cabida a la libertad.

El ser humano, a diferencia del animal, no posee sólo sensibilidad, sino que también cuenta con facultades espirituales que influyen en las tendencias sensibles. De esta manera, las ideas, convicciones, criterios, valoraciones intelectuales, etc., tienen una gran influencia en el despliegue de las tendencias sensibles. Cuando nos veamos inclinados hacia algo que sensiblemente percibimos como bueno, generalmente lo que sucede es que ya nos hemos adherido a ese bien,

ya lo hemos reconocido como tal, acertada o equivocadamente.

Aún cuando tengamos ya una escala de bienes muy estudiada y reflexionada, y por muy enderezadas que creamos tener nuestras tendencias, es conveniente que en este momento volvamos a poner en acción la inteligencia y la voluntad, aquélla para preguntarnos: esto que me gusta *¿es bueno realmente para mí en mis circunstancias? ¿lo es para los demás? ¿no estaré comprometiendo con este bien un bien más alto?*, y la voluntad debe acompañar el dictamen de la inteligencia para apartarnos o para adherirnos a ese bien.

Lo que, de todos modos, se va a dar es que la tendencia haga su papel y por tanto, ante la presencia de un bien sensible, su primera reacción sea inclinarse hacia él. Como ya hemos señalado, en el caso del hombre la consideración de ese bien sensible está influida por criterios racionales, por actos de la voluntad, por los hábitos personales, experiencias, etc., de tal manera que el ser humano le otorga a la realidad el poder de fascinarlo irresistiblemente, o de atemorizarlo, o de entristecerlo, o de enfurecerlo.

Sin embargo, por eso mismo, gracias a su inteligencia y voluntad, el ser humano tiene la posibilidad de reconducir su tendencia, desprenderla de un objeto que hasta entonces lo había considerado un bien y proponerle otro objeto como término hacia el cual se adhiera su tendencia.

Toda tendencia tiende a un objeto, en el caso de las tendencias sensibles éstas tienden a bienes sensibles,

pero en el ser humano, gracias a que su inteligencia puede iluminar aquel objeto sensible, sacar su esencia más profunda y ponerla en relación con el desarrollo de su naturaleza humana, entonces es posible “racionalizar” la tendencia sensible, se puede “dar razones” a la sensibilidad.

Por ejemplo, un veneno muy apetitoso, puede despertar muchos sentimientos en un sujeto, el cual al verlo, al olerlo (sentidos externos), imaginar (sentido interno) lo placentero que sería el saborearlo, etc., puede que despierte en él un deseo muy intenso de hacerse con aquél.

Sin embargo, la inteligencia penetra más allá de la superficie o de lo que aparece, y ve que, más allá de esa apariencia tan provocativa, se trata de una sustancia que tiene un compuesto químico altamente destructivo del organismo de cualquier ser vivo, y si relaciona ese bien sensible con su propio bien, dado que el bien humano es aquél que le ayuda a desarrollarse como tal, y el mal lo que le destruye, entonces es probable que detecte ese bien sensible como un mal para él y que, cambiándole de signo, lo rechace y no pruebe el veneno, sino que se aparte de él.

b. Convicciones y valoraciones

¿Qué hubiera pasado si, en el ejemplo anterior, la inteligencia no hubiera actuado?. Se sabe que en ciertas enfermedades la inteligencia se atrofia, por ejemplo, es

el caso de una persona esquizofrénica, o en el caso de alteraciones de la lucidez mental provocadas por la ingestión de bebidas alcohólicas, o por la inhalación o inoculación de sustancias químicas alucinógenas, cuyos efectos alteran la percepción. Algo parecido ocurriría si quien se hubiera puesto delante de aquel veneno tan provocativo por su color, su olor, etc., hubiera sido un niño, el cual no ejerce todavía su inteligencia; en todos esos casos, las probabilidades de envenenarse hubieran sido muy altas.

Sin el aporte de la inteligencia, sin su actividad, quedamos a merced de la mera sensibilidad, de los sentidos y de nuestras tendencias. En cambio, gracias al influjo de la inteligencia, el ser humano posee algunas ideas, criterios y valoraciones que van más allá del ámbito meramente sensible. Así pues, para un ser humano aquel veneno puede resultar muy apetecible sensiblemente, pero si sabe que le puede quitar la vida, entonces retirará la tendencia sensible apartándola de aquel veneno por muy apetecible que fuera. Esto es lo que sucede normalmente: el sujeto se apartará de lo que entiende y considera que es un mal aunque sea apetitoso a la vista o al paladar y ya no lo considerará como un bien sino al contrario, lo verá como un mal.

Por esto, un asunto clave es tener criterios acertados acerca del bien y del mal. Sin embargo, la inteligencia humana no es infalible y podemos tener ideas, convicciones y criterios falsos. Por ello es necesaria una adecuada formación que nos ayude a discernir lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo y las maneras más adecuadas de conducirnos. Partiendo de esto es

posible (también cabe que nos empecinemos, pero ése es otro asunto) que no nos equivoquemos, ya que estaremos en mejores condiciones de acertar. De lo contrario, es posible que suframos falsas percepciones o estimaciones sobre el bien.

Como ya hemos visto, los sentimientos, los afectos, surgen a través del conocimiento de un bien sensible. Las tendencias mejor o peor educadas reaccionan frente a él, bajo el mayor o menor influjo de las facultades intelectuales del sujeto, lo cual le lleva a juzgar o valorar aquello como bueno o malo con todas sus gradaciones. Así pues, al decir que los sentimientos son esas reacciones sensibles de las tendencias de un sujeto ante la presencia de un bien (o mal) sensible estamos involucrando no sólo a las tendencias “en abstracto”, sino a todo el sujeto humano.

c. Hábitos y experiencia vivida

Toda experiencia es una fuente de conocimiento y de valoración. A través de ella el ser humano va haciéndose una idea de la realidad, por ejemplo al acercarse a algo que le proporciona un bien tiende a valorarlo positivamente, y en el futuro lo reconoce, de manera que por un proceso de transferencia, traslada su experiencia pasada a su vida presente.

Al mismo tiempo, los hábitos son inclinaciones que se adquieren por aprendizaje y por repetición de actos, con lo cual se forman a partir de experiencias

vividas. Por esto, es importante cuidar las experiencias y todo lo que hacemos, porque pueden facilitarnos o bloquearnos la conducta posterior. A veces, los jóvenes quieren experimentar y hacer de todo, y no se dan cuenta que hay que tener cuidado porque en esas experiencias nuestras facultades adquieren una nueva “configuración”, y podemos quedar mal dispuestos para una percepción adecuada de la realidad.

Es conveniente pensar antes de actuar, y no meterse en cualquier experiencia sin saber si nos va a perfeccionar o nos va a entorpecer el desarrollo, ya que hay cosas y caminos a los que es mejor no acercarse siquiera. Llevados al extremo, podemos decir que hay experiencias que matan, por tanto hay que tener bastante cuidado, porque podemos ponernos en situación de no llegar a contar la hazaña.

2. Características de los sentimientos

De acuerdo con lo anterior, podemos decir entonces que los sentimientos tienen las siguientes características.

a. Revelan valoraciones, conocimientos, convicciones

Los sentimientos revelan gran parte del mundo interior del sujeto. Nos dan una noticia inmediata de cómo nos encontramos. En profundidad, nos revelan

nuestras valoraciones; porque, en cierta manera, nosotros le damos a la realidad la facultad de ser atrayente o repelente, por la valoración que hacemos de ella.

Por ejemplo, si una persona pierde la billetera con unos cien dólares, normalmente experimenta un sentimiento de tristeza; como ya hemos dicho, el dinero es un bien, es un medio importante para la posesión de otros bienes. Sin embargo, el dinero no es el bien más alto, y si una persona lo considera como el único o el máximo bien, entonces la pérdida de ese bien le producirá un sentimiento muy intenso de tristeza. Algo parecido sucedería en el caso límite que una persona se encontrara en situación de extrema necesidad material, que no pudiera cubrir urgentes y elementales necesidades, entonces puede ser que experimente gran tristeza. Con todo, el grado de tristeza depende del significado que tiene ese bien para el sujeto, de la valoración que le otorgue y de su capacidad de desprendimiento o renuncia.

Por esto, los sentimientos son muy reveladores, *¿cuáles son nuestros bienes?, ¿dónde hemos puesto el corazón?, ¿qué concepto tenemos de los diferentes bienes que existen en la realidad?, ¿qué consideramos valioso y qué no?, ¿cuál es nuestra escala de valores? ¿de qué cosas estamos convencidos realmente?*

Todos tenemos un filtro de acuerdo con el cual sólo reconocemos como importante aquello que valoramos, lo demás queda al margen. De acuerdo con esto, sólo logra atraernos y capturar nuestra atención aquello que consideramos que es un bien, de manera

que éste no sería capaz de ejercer esa fascinación si nosotros no le hubiéramos dado ese poder, sino lo hubiéramos reconocido como bueno; y eso depende de nuestros conocimientos, criterios, convicciones, estudios, en una palabra, de la formación que tengamos y de los hábitos que nos configuran.

De ahí que cada quien se relacione de manera diferente con la realidad. ¿Por qué a unos ver una persona, o un paisaje, etc., “les dice” tantas cosas y a otros apenas nada?, ¿por qué una misma realidad pone a unos nostálgicos o nerviosos y otros se quedan indiferentes?. Para decirlo de alguna manera: si aquellas cosas nos afectan, es porque tenemos “por dónde” lo hagan, tenemos dentro una cierta “complicidad”. Es en nuestro interior donde encuentran “eco” y es ahí donde hay que acudir para poner orden en nuestros criterios, valoraciones, hábitos, y así conocer el “forado” interior –si lo hubiera–, para controlar el desencadenamiento real de nuestros sentimientos, en definitiva para conocernos a nosotros mismos.

Así pues, es uno mismo quien le confiere poder a la realidad externa para que le afecte, es el propio sujeto el responsable de saber dirigir su afectividad, porque puede incursionar dentro de sí mismo y reparar las “averías” si las hubiera, es decir rectificar su nivel de convicciones, sus criterios, hábitos, etc. Por ejemplo, un adolescente puede sentirse triste porque no tiene una motocicleta de tal marca con la cual dejar impresionadas a las chicas de su vecindad. Si se da cuenta de que, evidentemente, aquella motocicleta es un bien al cual se dirige irremediablemente su tendencia,

porque en el fondo ese bien es condición para obtener el otro bien que es experimentar el placer de la velocidad, o el tener la admiración de las chicas de su barrio, puede parecerle que su tristeza está justificada, ya que ante la carencia de esos bienes se despliega inevitablemente la tristeza.

Sin embargo, aquel adolescente puede ejercer un juicioso discernimiento entre los bienes, y considerar unos superiores y otros inferiores, de manera que puedan llegar a anteponer a la motocicleta –y sus supuestos–, otros bienes mejores; puede tener criterios superiores y reconsiderar su tendencia a ser aceptado, puede esclarecer en qué cifrar su valía personal por encima de la simple motocicleta y, en consecuencia, pueden variar sus sentimientos y no sentir ya que es una tragedia no tener esa motocicleta, puede moderar los deseos de poseerla, valorarla en su justa condición de medio para trasladarse, ahorrar tiempo, etc.; en suma puede manejar bien sus sentimientos, en lugar de que sean éstos los que lo manejen a él.

Dentro de lo posible hay que tratar de enseñar a los hijos y a los alumnos a controlar su afectividad. Esta educación es muy importante. Según Aristóteles, hay que aprender a sentir deseo, temor, ira, compasión, etc., por aquellas cosas y respecto a aquellas personas que se lo merecen, en el momento adecuado, y de la manera –intensidad– que se debe². Todo ello parte de la

² Cfr. *E N*, 1106 b 15-22

valoración que otorguemos a aquello que consideramos un bien.

Es posible que nos equivoquemos: sufrir por bienes falsos, sentir desproporcionada o inadecuadamente; pero entonces hay que “desmontar” las convicciones equivocadas, los criterios errados. Pueden “darse razones”, “aconsejar al corazón” respecto de un sentimiento no adecuado, o no conveniente, arrancándolo de nosotros, no por la vía despótica –porque, de esa manera, se vuelven más intensos–, sino entrando por la vía política, la de la razón.

De esta manera es como se educa la sensibilidad. El ejemplo de la motocicleta es algo muy sencillo, pero hay sentimientos más complejos; por ejemplo, en el caso de los celos egoístas, el sujeto celoso causa mucha compasión, porque él mismo es la causa de sus sufrimientos. A veces uno no entiende por qué se arma aquellos líos hasta que se da cuenta de la inseguridad y/o de la soberbia que están influyéndole o asfixiándole.

Los celos, como la envidia, la tristeza, el odio, etc., son sentimientos negativos que hay que evitar, porque hacen daño al sujeto y son fruto de una distorsión de la realidad. Por ejemplo, para un sujeto celoso, envidioso, o para alguien que padezca de la “neurosis del poder”, cualquier suceso le confirma en sus temores y sospechas, le exaspera, le abate, etc.; su inseguridad no puede ser satisfecha con nada externo porque es interna, por eso a esa persona le parece que nunca tiene bastante: de la fidelidad de su mujer, del poder, de su *status*, etc. De ahí que vea amenazas por todos

lados, las situaciones más inocentes son para esa persona motivo de inquietud, aquellos sucesos “le dicen cosas”, le amenazan, le dan mensajes que sólo esa persona entiende.

Evidentemente, el grado de alteraciones que puede sufrir un ser humano es realmente asombroso, y a veces –en algunos casos– hasta resulta inútil corregir, ya que consideran que no les pasa nada, es decir, que no hay peor ciego que quien no quiere ver, y esas enfermedades del alma requieren de curas que exigen mucha abnegación y anonadamiento a lo cual, a veces, no están dispuestos los seres humanos.

b. Son temporales y sufren variaciones

Los sentimientos tienen un momento en que empiezan y también un momento en que cambian. También hay sentimientos que se extinguen o terminan, como por ejemplo, el temor, la ira, el deseo, etc. A veces, esto no se acepta fácilmente. Por ejemplo, cuando se desencadena un sentimiento de tristeza por la pérdida de un bien, es casi inútil decirle a la persona que lo sufre, que aquello pasará, porque es frecuente que proteste arguyendo que no la entendemos, que aquel dolor nunca va a terminarse ni va a ser diferente.

Sin embargo, los sentimientos son variables. Incluso, a pesar de que se ejerza sobre ellos un gran control, a veces se disparan espontáneamente, inclusive por cambios orgánicos. Por ejemplo, cuando una persona

se encuentra muy cansada, aun cuando sólo tenga un virus causante de un resfriado, puede sentirse algo decaído. También están los cambios hormonales que con el paso del tiempo se acentúan más en hombres y mujeres.

En suma, los sentimientos son una importante fuente de información sobre nosotros, pero en sí mismos no poseen gran entidad. La riqueza o pobreza de los sentimientos viene dada por la valoración y la entidad hacia la que se dirigen, la de aquella cosa o persona que los mueven o desencadenan, por esto en sí mismos no poseen valor y en ese sentido no hay que hacerles mucho caso.

Debido a la variabilidad de los sentimientos no es posible asentar nuestra vida sobre ellos. Hay quienes dependen mucho de cómo se sientan, de cómo hayan amanecido, sin darse cuenta que en sí mismos los sentimientos tienen poca entidad, dependen en gran medida de la condición orgánica, de la formación y de los hábitos que nos ayudan a descubrir la realidad y a darles su valor acertadamente.

IV

LA AFECTIVIDAD EN LA NIÑEZ Y LA ADOLESCENCIA

1. *Importancia de la normalidad afectiva en la niñez*

En la niñez tiene mucha importancia la educación de los sentimientos, porque la inteligencia y la voluntad todavía no están en marcha; por tanto es importante cuidar de esta dimensión humana. Además, el equilibrio afectivo es un requisito básico para que el niño se pueda desarrollar adecuadamente.

Cuando un niño no tiene equilibrio emocional tiene dificultades en su aprendizaje y, en general, en su proceso de desarrollo. Es tan importante la normalidad afectiva en un educando que se podría decir que es preciso procurarla, incluso, antes de intentar formar hábitos.

En esta tarea cuenta mucho la educación familiar, que es una tarea conjunta: El niño aprende a percibir la realidad a través de sus padres. Por tanto, en gran medida dependerá de la afectividad de los padres. En los primeros años de vida, la transmisión de los sentimientos se realiza de modo empático.

Si el niño percibe un ambiente de serenidad, de alegría, de acogida, él va a experimentar esos sentimientos positivos. Al pequeño no le pasan desapercibidas las manifestaciones del estado emocional de los padres; por ejemplo: el tono de la voz, el nivel de su respiración, la prisa o la calma con la que caminan, hablan, etc.

En este sentido, es importante -para que el niño tenga una normalidad afectiva- la unión de los padres, el tener una familia estable. El ambiente en que se mueve un niño que ha sido abandonado por su padre, o su madre, se ve alterado por las consecuencias que aquel abandono trae consigo respecto del niño y del otro cónyuge. Sin embargo, no basta con eso, porque puede darse que los padres no se hayan separado físicamente, pero sí afectiva y espiritualmente. En cambio, algo que les ayuda mucho a los niños es notar, sencillamente, sin rarezas, que sus padres se quieren. De ahí también que los esposos a su vez pueden educarse entre sí tratando de mejorar su amor y la convivencia familiar.

El clima de amor es muy importante para el niño. Por esta razón, en la educación de los hijos, los padres deben ir de común acuerdo, porque de lo contrario si uno de ellos da una indicación al hijo y el otro lo contradice, el hijo puede sentir que la madre le ama más que el padre, o al revés, y esto puede alterar su afectividad, fomentando o la inseguridad o la rebeldía. Por esto es recomendable que los padres sepan ejercer bien su autoridad y que las medidas educativas del padre y de la madre estén coordinadas, de manera que no se perjudique al niño.

Así también, la falta de cariño del padre y/o de la madre, le lleva al niño a sentirse no querido. La experiencia de verse abandonado, trae como consecuencias una gran inseguridad en sí mismo, menoscabando su autoestima, a la vez que ahonda su desconfianza respecto del padre y/o de la madre. Esta falta de confianza hará difícil la labor educativa, porque el hijo tenderá a la inseguridad, a la reserva o la rebeldía. Como decíamos, la afectividad del educando tiene que estar equilibrada para poder asentar en ella la educación posterior, especialmente la educación del intelecto y de la voluntad.

Los sentimientos se educan de modo especial en la niñez hasta los diez u once años. Aunque ayudan los medios didácticos (cuentos, vídeos, actividades especializadas), la parte importante de la estabilidad emocional de un niño se logra con un clima familiar de comprensión, de ayuda mutua, de diálogo, en que se busquen solucionar las diferencias y los problemas, en lugar de asistir a las riñas entre los padres, o a la violencia familiar que tanto daño le hace para toda su vida.

Es importante no perder de vista que en la niñez empieza a despertar lentamente la inteligencia, y al no tener todavía los criterios y la capacidad de razonamiento adecuados para dirigir su conducta, cuenta sobre todo su sensibilidad; es decir, que hay que cuidar los sentimientos de quienes viven a su alrededor, que deben ser positivos para, de esta manera, proporcionarle buenas experiencias. Principalmente, el niño tiene que ver, oír, sentir, que los padres se quieren, ya que el cariño de los padres es percibido por el niño como si fuera uno solo, y

si los padres no se aman, un niño siente que ese respaldo se le resquebraja, y que ya no tiene en qué apoyarse.

La afectividad de los niños está muy relacionada con el aprendizaje. Los niños que tienen un déficit en su afectividad suelen sufrir de falta de atención y hasta de memoria; es decir, que no tienen serenidad ni continuidad, debido a que su estabilidad emocional ha sido perturbada o amenazada. Un niño con deficiencias en la memoria tiene dificultades en el aprendizaje porque su esfuerzo es intermitente (va “a saltos”). Esa discontinuidad está muy relacionada con distracciones y con el escaso rendimiento. El alumno se cansa enseguida, tiene que hacer el esfuerzo de recomenzar cada vez, lo cual es difícil; entonces, trata de cambiar de actividad o distrae a los otros compañeros.

Como es lógico, el desarrollo afectivo de un niño es muy difícil sin la estabilidad afectiva de sus padres. La presencia del padre y de la madre es fundamental en la vida del hijo. El tiempo que se dedica a los hijos es insustituible. Las horas que se dedican al hijo tienen grandes posibilidades de educación. Parte de ese tiempo que se dedica a los niños puede estar dirigido a jugar con ellos.

Como veremos, un medio educativo muy importante para la educación afectiva de los niños es el *juego*. Por medio del juego se le puede enseñar a enfrentarse con las dificultades, a medirse con retos u objetivos, a aprender a respetar las reglas, a respetar los derechos de los demás y a saber ganar y perder sin hacer tragedias.

En el fondo, la inestabilidad afectiva proviene de no saberse amado verdaderamente, esto tiene relación con la conciencia de la valía personal. El amor es una aceptación, una re-afirmación del valor de una persona en sí misma, no por lo que tiene, ni por sus cualidades, ni por su inteligencia, etc., sino por ser ella misma. El amor se podría expresar mediante aquella bella fórmula: “¡Qué bueno que existas!”, “¡Tú eres alguien!”, “¡Tú vales!”.

En cambio, el odio, el desprecio, la falta de amor, se puede explicar con las frases: “¡Ojalá no existieras!”, “¡Tú no vales!”, “¡Tú no eres nadie!” (no eres nadie importante, eres ninguno). Este rechazo es decisivo en la autoestima de un niño. Por eso, cuando un niño no es amado, acusa sensiblemente ese desprecio como una falta de valía personal, y entonces lo manifiesta en tristeza, en inseguridad respecto a las propias capacidades, en falta de optimismo frente al futuro, en miedos infundados, etc.

En definitiva, la serenidad, el equilibrio afectivo, lo puede dar Dios, que es el Padre amantísimo por excelencia. Es por esto que, la educación religiosa tiene gran importancia en la niñez, porque, aunque a un niño le faltara el reconocimiento paterno, puede saberse amado por Dios y encontrar ahí su seguridad, su centro y su estabilidad. En general, todo ser humano está destinado a reconocer su vínculo con Aquél de quien ha recibido la existencia y todos los bienes. Quizá la más alta manera de relacionarse con Dios sea lúdicamente.

Respecto de los niños, hay que aprovechar el juego como un medio destacado para la educación de la

afectividad. Por medio del juego se puede ayudar al niño a controlar los sentimientos del apetito irascible. Normalmente, el ganar supone alcanzar un bien arduo, cuyo logro no es fácil: hay que tratar de lograrlo echando fuera mucha dosis de esfuerzo, pero al no conseguirlo un niño tiene la oportunidad de aprender a perder, de resistir esa contrariedad sin aspavientos. El aprender a soportar el disgusto de perder hace fuertes, y además puede enseñar a corregir las acciones que se han realizado, da experiencia.

Otra posibilidad que otorga el juego es que el niño puede aprender el valor que tienen las reglas. A veces, un niño puede intentar hacer trampas, pero entonces hay que ayudarlo a entender que romper las reglas de juego es poner el bien propio por encima del bien en general. En cambio, al respetar las reglas, aunque se pierda, se pone el bien en cuanto tal por encima del propio interés particular. Si el niño se ejercita en adherirse al bien y lo reconoce por el hecho de serlo, por encima de sus propios intereses, puede ir preparándose para respetar a los demás y a las leyes morales.

Sin la estabilidad emocional, la educación social y la educación de la ciudadanía es muy difícil, ya que éstas requieren de la valoración del otro ser humano, del “prójimo”, como un bien en sí mismo, independientemente de mí, de mis estados afectivos y de mis propios intereses. Si uno no considera que el bien es el bien, aunque sea ajeno, y que las personas son un bien en sí mismas, entonces la virtud de la justicia no es posible. De entrada no somos justos, y nuestra primera inclinación es considerar que lo nuestro es un bien por

ser propio y que lo ajeno no es un bien por ser ajeno; pero hacer esa alteración en los bienes y negarles su debido reconocimiento es una profunda injusticia y engendra otras muchas.

Es muy conveniente ayudar al niño a que desvincule el ganar o perder con ser superior o inferior, y explicarle que aunque uno sea valioso puede perder, lo cual no hace que deje de serlo. Lo importante es que al ganar o perder el niño se ha medido con un objetivo, ha puesto el listón en tal nivel y ha probado sus condiciones para remontarlo.

Por tanto, si gana o si pierde lo que obtiene es un dato informativo respecto de sus condiciones, no es un dato sobre si él es valioso o no, porque ya se da por descontado que toda persona es valiosa en sí misma, y no puede ser despreciada por sus capacidades. Aquel dato informativo que obtiene al ganar o perder es una información muy útil para mejorar sus condiciones, sólo le dice en dónde está y lo que le falta por alcanzar. Con ello se le anima a intentarlo nuevamente, esforzándose por tener las condiciones que ya sabe que le hacen falta y realizar el esfuerzo necesario para adquirirlas.

Si el niño es educado de esa manera, tendrá algo muy importante para su vida futura: la convicción de que su valía no está en juego ya que es amado por él mismo y no por lo que hace. De lo contrario, se producen conductas llamativas; así, el hacer trampas es más propio de un niño que tiene un déficit afectivo; porque lo que sucede con la persona que hace trampas es que muchas veces considera imperativo ganar por su propia

inestabilidad afectiva, que no soporta el disgusto de perder, lo cual lacera más su autoestima, ya dañada.

Así pues, un niño puede creer que si pierde es porque no vale, y, como en el fondo sospecha que no vale porque no se sabe amado, entonces recurre a la trampa como último recurso. Si esto no es corregido, se producirán grandes disfunciones en la vida adulta. Alguna vez se da el caso del típico “triunfador”, el “vividor sin alma” que apuesta en eso su propia identidad.

No pocas veces en lo más profundo de aquellas personas injustas se encuentra un sujeto que no sabe lo que es saberse amado o valorado por sí mismo, incondicionalmente, de modo que busca con desasosiego ganar porque ahí se juega su propia entidad. Es el caso tan bien representado en la película *Ciudadano Kane*, que tiene su clave precisamente en aquel símbolo que permanece como un secreto hasta el final de la película y que hace referencia al golpe afectivo que sufre el protagonista -precisamente- en su niñez.

Por otra parte, en tanto que el juego es un ensayo para la vida, el niño puede aprender la fortaleza. Aprender a sobrellevar los males, los disgustos, los sinsabores, es conveniente para que la fortaleza vaya creciendo, pero esto sólo es posible desde una sensibilidad no herida; ya que un niño que está herido por el desamor, cuando se enfrenta a las dificultades, se echa a temblar por el sentimiento de su no valía y la consiguiente inseguridad que padece y eso le lleva a reaccionar de maneras insospechadas.

Como hemos señalado, el juego hace posible la educación de la afectividad, ya que normalmente, el niño cuando pierde puede sentirlo hasta el llanto. Como hemos indicado, el niño ve en el juego una ocasión de poner a prueba sus capacidades, y al hacerlo puede enfrentarse al hecho de que pierde, de que no puede ganar y eso lo acusa en su sensibilidad.

Sin embargo, desde una situación afectiva normal se le puede ayudar a darse cuenta de que lo importante es el esfuerzo realizado y no tanto los resultados; también se le puede descubrir la información obtenida, por lo cual una frase muy recurrente es decirle: “tú no has fracasado, has adquirido experiencia”, “con esos datos plantéate nuevos retos”. Además se le puede ayudar a descubrir otros valores como la participación, la relación con los otros compañeros de juego y se le puede animar a que lo intente nuevamente, con serenidad.

Por otra parte, siendo importantes tanto el padre como la madre en la vida del niño, el papel de la madre es muy necesario en ella. La serenidad es proporcionada por el regazo materno, al cual el niño acude como a un refugio, para ser consolado, para sentirse amado. Ese consuelo tiene un efecto reparador en caso de que la estabilidad emocional del niño haya sufrido un ataque, un disgusto o una frustración fuera del hogar, es como un bálsamo que cura las heridas: el sentirse amado le ayuda a olvidar el desamor sufrido. También por ese motivo es tan pedagógico el trato con la Virgen Madre.

Otro efecto reparador lo constituye el afecto inteligente de los profesores. Un maestro puede usar su prestigio, su valía como persona y como profesional,

para reparar la autoestima, la valía de sus alumnos. Para lograrlo, un profesor tiene que partir de la aceptación optimista de sus alumnos, considerando valiosos incluso a aquellos que no tienen un buen rendimiento escolar. Ese afecto, esa aceptación, es como una medicina para un alumno con una inestabilidad afectiva, es como decirle: ¡Tú vales!

El desprecio de un maestro a un alumno no está justificado, precisamente porque la actividad educativa es esencialmente optimista respecto de la mejora de los alumnos. Por eso también cuando hay que dar castigo o entregar una mala nota, éstos deben ser dados de tal modo que el educando no sea maltratado. Se le puede animar, señalar sus errores, pero con sentido positivo, sin retirarle la confianza puesta en él.

Por otra parte, siempre se pueden resaltar los puntos fuertes de un alumno. Según lo que hemos visto, el asunto de la autoestima de un alumno es más profundo de lo que a veces se suele entender como tal. Sin las condiciones que hemos señalado en la educación de la afectividad, no es posible lograr ni la autoestima, ni un buen concepto de sí mismo en el alumno.

2. La afectividad en la adolescencia

En realidad, la afectividad en la adolescencia depende mucho de la educación recibida en la niñez. En la adolescencia se producen importantes cambios, empezando por el cambio corpóreo que manifiesta uno

más interno, que es fisiológico. El sistema hormonal experimenta algunas modificaciones, lo cual se manifiesta en los estados de ánimo del adolescente. A esto se añade la situación tan especial en la que se encuentra, pues en ese peculiar momento del desarrollo humano, ya no se es niño, pero tampoco se es adulto.

Esta etapa de transición comporta una cierta inestabilidad. Los adolescentes rechazan el que les traten como niños, pero todavía no son adultos, están como en el extremo de un pasillo, justo en el umbral que los adentra en el mundo adulto, salvo con el detalle de que les falta recorrerlo, y por eso tienen prisas; pero al mismo tiempo pueden experimentar fuertes inseguridades que, a veces, intentan calmar con actitudes radicales, intempestivas, agresivas.

Si los padres y profesores comprendiéramos que dentro de los adolescentes, en su cerebro, en su funcionamiento hormonal, en sus miedos e inseguridades se esconden cambios muy complejos de los cuales ni siquiera ellos son conscientes, entonces podríamos comprenderlos mejor. A veces, los padres tienen que tener mucha paciencia y serenidad en este momento crítico de los hijos. Esta serenidad es muy valorada por los hijos después, cuando se enfrenta con momentos críticos, y tenga ya impresa en su memoria la imagen serena de sus padres que en esas circunstancias de crisis no se pusieron nerviosos sino que supieron comprenderlo y ayudarlo.

Otro proceso muy importante es el llamado descubrimiento del yo, de la propia intimidad. El ado-

lescente va llevando todas sus experiencias a un eje central que es el propio yo, por lo que descubre que su interioridad es suya y de nadie más, que es diferente a la del resto de sus amigos. Este descubrimiento de su intimidad da lugar a la reserva, a no contar sus cosas, las cuales a veces son recogidas en “diarios” que guardan celosamente. De ahí que no sea lo más adecuado el tratar de romper esa reserva, en todo caso, hay que ganarse la confianza del adolescente, pero no tratar de irrumpir en su intimidad sin su permiso.

Gran parte de ese descubrimiento del yo conlleva un afán de independencia y una crisis del sentido de autoridad. El adolescente quiere tener la libertad que tiene un adulto, y por eso choca con la autoridad paterna o de los profesores. Por esto es esencial que los padres eduquen a sus hijos en la libertad desde niños, que les enseñen a tomar decisiones (en los ámbitos en que pueden hacerlo), que les pidan valorar su opinión, darles criterios u órdenes pero fundamentadas, para que con ese entrenamiento no lleguen a la adolescencia tan poco prevenidos.

Es conveniente aprovechar la época de la adolescencia para ayudar a forjar la propia personalidad. Para ello hay que tener en cuenta que, precisamente, el adolescente va a la búsqueda de su propia identidad, a veces imita a los “triunfadores” (deportistas, astros del cine, etc.), su meta es “ser como fulanita”, y luego “ser *más* que fulanita”. Poco a poco, hay que ayudarle a ser *él mismo*, sacando lo mejor de sí y corrigiendo sus propios defectos, para lo cual hay que partir por ayudarle a

conocer su carácter, descubrir sus fortalezas y debilidades para fomentar unas y corregir otras.

La falta de experiencia que tienen los adolescentes le ponen en situación de perplejidad ante la novedad del mundo adulto. Esto se da también respecto al trato entre chicos y chicas, ante lo cual muchas veces se encuentran desorientados, y recurren a imitar lo que ven en la televisión o en las revistas. En esa situación no es raro que las apariencias tengan una gran fuerza impactante. Dentro de esa fuerza de lo aparente está la de su imagen personal. Por eso un adolescente cuida su apariencia, y puede sufrir mucho con sus defectos físicos.

También esa falta de experiencia le da una cierta inseguridad. De ahí la gran influencia del grupo. A veces puede darse que un adolescente que es rebelde ante sus padres sea muy sumiso ante el jefe de su grupo. Por esto hay que ayudarles a superar su inseguridad formándoles, proporcionándoles criterios, ayudándoles a conocerse y a adquirir hábitos, para que tengan su propia personalidad y no sean fácilmente manipulables, y que, por el contrario, se rebelen contra todas las formas de degradación.

Algo muy importante es darles, cuanto antes, grandes ideales, aquellos por los que vale la pena vivir y morir. Mientras más grande sea el ideal más tirará de ellos, más les ayudará a sacar energías para crecer. De esa manera, su libertad se encauzará, y verán que lo importante no es no depender de nadie (lo cual es imposible de manera absoluta ya que nadie es autosuficiente), sino cuidar el tipo de vínculo que

adquirimos: respecto a qué o quién nos vinculamos. La mayor o menor entidad de esa persona o ideal, determina la calidad de nuestros vínculos.

También conviene ayudar a los adolescentes, a orientar la fuerza lógica que poseen; ya que pueden ser muy radicales en sus juicios y en sus ideales utópicos. Hay que encauzar esos afanes, ayudándoles a “bajar a lo concreto”, a “hacer pie” en su realidad, para no quedarse sólo en ensoñaciones o en rebeldías inútiles. Por ejemplo, hay que ayudarles a ser rebeldes tanto respecto del mal propio interior, como respecto al que viene del exterior.

En general, en un adolescente es frecuente que sus afectos estén “descolocados”, ya que en esta edad se están produciendo muchos cambios y todavía no se tiene la perspectiva suficiente como para saber ponerlos en su justo lugar acertada y serenamente. En esta situación se precisa de la ayuda de padres y maestros, los cuales tienen que empezar por ganarse su confianza demostrándole que le queremos, que estamos a su favor, que nos ponemos en su lugar y comprendemos lo que le pasa.

También hay que darle razones que le ayuden a entender lo que le sucede. Pero sobre todo se valora la actitud serena, sincera, positiva y abierta que no les “sermonea” ni “etiqueta” (el “tú eres”: desordenado, irresponsable...), sino que les anima a tener una vida coherente, con grandes ideales.

V

¿CÓMO EDUCAR LOS SENTIMIENTOS?

1. *Principios Básicos*

Dado que los sentimientos y pasiones humanas son muy complejas, para acercarnos a su estudio hemos preferido acudir a Tomás de Aquino, considerado como “maestro del orden”, para que nos ayude a caminar por este laberinto. Como habíamos señalado, según la teoría clásica de los sentimientos, estos pueden ser tanto del apetito concupiscible como del irascible.

Antes de empezar a ver cómo se despliegan, es oportuno recordar que estos sentimientos o pasiones no se dan aislados unos de otros. Los hemos separado sencillamente para que podamos aproximarnos a su estudio. Según Tomás de Aquino, las pasiones del concupiscible y del irascible si bien se diferencian entre sí van muy relacionadas.

La clave son *sus objetos*: “para conocer qué pasiones residen en el irascible y cuáles en el concupiscible, se debe examinar el objeto de ambas

potencias. Ahora bien, se ha dicho que el objeto de la potencia concupiscible es *el bien o mal sensible* tomado en absoluto, que es lo deleitable o doloroso. Pero como es inevitable que el alma experimente a veces dificultad o contrariedad en la adquisición de estos bienes o en apartarse de estos males sensibles, por cuanto ello excede en algún modo el fácil ejercicio de la potencia del animal, por eso el mismo bien o mal, en cuanto tiene razón de arduo o difícil, es objeto del irascible”.¹

Podemos, entonces ir hasta el mismo momento en que se activa la tendencia, para ver a partir de ahí su despliegue. Así pues, teniendo en cuenta que entran en juego las tendencias y las facultades superiores humanas –la formación y los hábitos del sujeto–, una vez que el conocimiento hace que la tendencia, concupiscible o irascible, se “dispare” hacia su bien sensible, puede suceder dos cosas: que el bien sensible esté presente y lo posea o que esté ausente o no lo posea.

Es decir, que la dinámica de la tendencia se dirige al encuentro de su bien (o lo que se reconoce como bien). Es ese encuentro –o no– con lo que se considera un bien, lo que en cada caso da lugar a una serie de sentimientos. A continuación, aunque de manera general, vamos a detenernos un poco en ellos, no sin advertir que los sentimientos son muy complejos, y que este análisis sólo pretende acercarnos a su conocimiento, sin que eso suponga que el tema quede agotado en estas pocas páginas.

¹ S. Th 1-2, q. 23 a 1

Empezaremos con los sentimientos del apetito o tendencia concupiscible que tiende al bien placentero. A continuación, veremos los sentimientos del apetito o tendencia irascible, que tiende al bien difícil (bien arduo).

Tendencias sensibles y sus respectivos sentimientos

Los sentimientos propios del concupiscible son:
<p>De manera general:</p> <ul style="list-style-type: none"> • El <i>amor</i> sensible • Si el bien sensible está ausente: <i>deseo</i> • Si el bien sensible está presente: <i>placer</i>: alegría sensible
<p>Por lo que se refiere al <i>objeto</i> contrario:</p> <ul style="list-style-type: none"> • Respecto al mal ausente: sentimiento de <i>aversión</i> • Respecto del mal presente: sentimiento de <i>tristeza</i>
Los sentimientos propios del irascible son:
<ul style="list-style-type: none"> • Respecto de un bien futuro alcanzable: <i>esperanza</i> • Respecto de un bien futuro no alcanzable: <i>desesperanza</i> • Respecto de un mal futuro inevitable: <i>temor</i> • Respecto de un mal futuro evitable: <i>audacia</i> • De manera general: la <i>Ira</i>

Estos sentimientos no aparecen en su total pureza, aisladamente, sino que ordinariamente se da un conjunto de sentimientos. Por ejemplo: la esperanza puede darse junto a la audacia, deseo y aversión. Como decíamos antes, el hombre no sólo cuenta con el conocimiento y apetición sensible, sino también con el conocimiento y apetición intelectual. Por ello la complejidad de los sentimientos puede ser mayor y también por eso se hace necesario dirigirlos, ya que se cuenta con el invaluable apoyo de las facultades superiores del ser humano. En este punto, es oportuno recordar que, según la Antropología filosófica clásica, en el ser humano se cuenta con las siguientes facultades:

Facultades cognoscitivas:

<ul style="list-style-type: none"> • Facultades cognoscitivas sensibles, Se dividen en: 	
Los sentidos Externos: <i>vista, oído, tacto, gusto, olfato</i>	los sentidos internos <i>sentido común, imaginación, memoria y cogitativa (llamada estimativa en los animales)</i>
<ul style="list-style-type: none"> • Facultades cognoscitivas intelectuales: <i>La inteligencia</i> 	

Facultades apetitivas o tendenciales:

<i>Facultades apetitivas sensible</i>	<ul style="list-style-type: none"> • <i>Apetito Concupiscible</i>: al bien placentero • <i>Apetito irascible</i>: al bien arduo o difícil
<i>Facultad tendencial racional</i>	<ul style="list-style-type: none"> • La Voluntad

De acuerdo con esto podemos ver que, si bien contamos con una complejidad de operaciones que se basan en las facultades sensibles (a *grosso modo* podemos ver que son once: nueve cognoscitivas –las cinco de los sentidos externos y las cuatro de los sentidos internos– y dos tendenciales –concupiscible e irascible–), también contamos con dos potentes facultades espirituales: inteligencia y voluntad, en las que nos podemos apoyar para dirigir las facultades de la sensibilidad humana. Así pues, el hombre cuenta con facultades sensibles (en las que se parece al animal), pero por encima tiene las superiores con las que está llamado a gobernar y educar su sensibilidad o afectividad. Veremos entonces como es esto posible.

Cabe un control “político” de los sentimientos, que pueden ser penetrados por la racionalidad humana y sostenidos por la voluntad. Las tendencias pueden ser

“racionalizadas”. El alma humana tiene unidad y es posible esa “influencia” de las facultades superiores humanas. ¿Cómo se puede hacer esa “racionalización” de las tendencias? En un doble sentido: en cuanto al *objeto* al que se dirigen las tendencias y en cuanto al *modo* como se dirigen a él. Se trata entonces de:

- a) Determinar el objeto de la tendencia, es decir, ver si la persona o cosa que se considera un bien, es realmente un bien verdadero.

- b) Determinar el modo como se dirigen a él:
 - como bien absoluto, o
 - como bien secundario o relativo.

De acuerdo con el proceso de racionalización, la intensidad del sentimiento debe ser adecuada a la categoría o entidad del objeto o bien al que tendemos, ni más ni menos intensidad: la justa, la adecuada al nivel o categoría del bien. Por tanto, la inteligencia tiene doble trabajo: poner en actividad su inteligencia y su voluntad.

Para empezar debe examinar el bien a que tiende sensiblemente, para ver si es realmente un bien para él. La inteligencia está en capacidad de “decirle” a la tendencia cuál es su verdadero bien y cuál es su verdadero mal. Aquí se precisa de un criterio básico: saber qué es el bien y qué es el mal. Y ¿qué es el bien y qué es el mal? El bien o el mal no lo determina un sujeto cualquiera, tampoco son un conjunto de reglas hechas por un neurótico. En general se podría decir que *el bien*

verdadero es aquello que perfecciona al ser humano y mal aquello que le impida esa perfección.

Tenemos entonces que la inteligencia tiene que relacionar ese criterio general con su situación particular, por tanto lo primero que tiene que hacer es *pensar*: este bien particular ¿me perfecciona, me ayuda a desarrollarme como persona, o me deteriora? Se trata de un juicio de la razón práctica. Este examen no es en sentido general o abstracto sino muy concreto: ¿este bien concreto es conveniente aquí y ahora, “para mí”?

El ser humano está en condiciones de detener el dictamen final, porque a veces le faltan datos, porque necesita tiempo para informarse, porque precisa recurrir al consejo de las personas adecuadas, o porque advierte que necesita estudiar o deliberar. Por ejemplo: una señora que va de compras, al ir mirando tiendas puede que encuentre una prenda que le fascine por el diseño, la textura, el color. Pero enseguida puede pensar si realmente la necesita, si tiene con qué combinarla, si le va bien, o por último, si está prevista dentro de su presupuesto; si no lo hace, puede salir comprando lo que no debía comprar, porque no era útil, o porque ha usado un dinero —que necesitaba para cosas más importantes— en algo que va a quedarse colgado en su ropero.

Es importante detenerse a pensar. Sin embargo, no basta con la inteligencia, hace falta el concurso de la voluntad. Ésta es una potencia que se parece a las potencias sensibles porque no es posesiva, sino que sale fuera de sí, hacia aquello que se considera un bien.

La diferencia es que la voluntad no es de índole sensible –como lo son el concupiscible y el irascible–, sino que es espiritual, es decir que está apoyada en la inteligencia y por tanto es libre. Un sujeto puede ser capaz de decir: “¡Detente placer, eres tan hermoso!”, puede detenerse en él gracias a su libertad y no hay fuerza en el mundo capaz de interferir ahí. Pero también puede alejarse.

Para que nuestra voluntad esté presta a adherirse al bien verdadero, se necesita que esté continuamente entrenada. Esos hábitos de la voluntad le dan vigor. No es raro que si descuidamos ese ejercicio, nuestra voluntad pueda encontrarse lenta para adherirse al bien. No pocas veces nos encontraremos entonces con actos imperativos: *¡quiere el bien! ¡haz el bien!* Quizá toda la clave de nuestras deficiencias y fallos esté en que no queremos suficiente, en que no tendemos al *bien* en cuanto tal (lo que nos presenta la inteligencia), nos quedamos con bienes pequeñitos, aquellos que se ofrecen a nuestra sensibilidad.

Qué distinto es si el educando –o el educador– ha puesto en la cumbre de los bienes un carro último modelo, considerará que es un mal absoluto el no poseerlo; sentirá tristeza si no lo obtiene y envidiará (la envidia es un sentimiento de tristeza ante el bien ajeno) a quienes lo poseen ya que es para él el bien más alto. Al contrario, es posible que a un muchacho que ha educado su afectividad, en alguna circunstancia le amenace la tristeza, al no poseer aquel bien, no está libre de ello, pero sí, sabrá superar esa situación poniendo cada bien en el lugar que le corresponde.

Respecto a aquel ejemplo que hemos puesto, podemos verlo no en sentido negativo sino positivo: cuando un padre, o un maestro, le dice al chico o a la chica: el mayor bien está en servir a los demás y en tratar de corresponder al amor de Dios. ¿Y los demás no son bienes? Evidentemente que sí, el dinero, los bienes materiales, etc., son bienes necesarios, pero dentro de una acertada escala están subordinados a aquellos primeros.

Entonces, si se parte de esa escala de bienes, se puede actuar sobre la voluntad para que se adhiera y reconozca los diferentes bienes; de este modo es más fácil que la tendencia se reoriente hacia aquellos “objetos” o bienes más altos, generando una rica e intensa carga de afectividad (proporcional a aquellos bienes), de manera que sus sentimientos no le juegan en contra sino a favor, ya que éstos son los fines propiamente humanos.

Aun cuando a aquel muchacho le faltase alguna vez en su vida, un carro último modelo, o inclusive aunque pruebe la traición de las personas que consideraba sus amigos, si sabe cuáles son los bienes primordiales sabrá salir adelante. Especialmente importante es la referencia al Bien absoluto que no le faltará nunca (en Dios no hay olvidos o traiciones), entonces será feliz, subordinando todas aquellas presencias o pérdidas a la presencia y posesión de aquel Bien.

Por otra parte, es a partir de ese gobierno de las facultades superiores –inteligencia y voluntad– como se puede ver la moralidad de las pasiones: “Las pasiones del alma pueden considerarse de dos modos: uno, en sí

mismas; otro, en cuanto están sometidas al imperio de la razón y de la voluntad. Si se consideran en sí mismas, esto es, en cuanto movimientos del apetito irracional, de este modo no se da en ellas el bien o el mal moral, que depende de la razón, como anteriormente se ha dicho. En cambio, si se consideran en cuanto sometidas al imperio de la razón o de la voluntad, sí se da en ellas el bien o el mal moral”².

Por tanto, el solo hecho de desencadenarse una pasión o un sentimiento no constituye una falta moral, salvo si –pudiendo– no se las somete al control de la inteligencia y de la voluntad. Dicho todo esto, empezaremos ya por ver brevemente la variedad de sentimientos o pasiones para considerar la manera de dirigirlos adecuadamente.

2. El amor sensible

Aunque en la segunda parte trataremos de este asunto, ahora haremos una breve introducción. Según Tomás de Aquino, “el amor es la primera de las pasiones del apetito concupiscible, ya que es la aptitud o adecuación del apetito al fin, que es el bien sensible. El amor es la complacencia del bien. El movimiento hacia el bien es el deseo y el descanso en él, es el gozo”³.

² S Th. 1-2 q. 24 a 2.

³ S. Th. 1-2 q. 25 a 2 “el amor (sensible) es una pasión ya que es primera inmutación del apetito por el objeto apetecible y es la complacencia en lo apetecible; y de esta complacencia se sigue el movimiento hacia lo apetecible que es el deseo y por último, la quietud, que es el gozo”(S Th. 1-2 q 26 a 2.)

Tomás de Aquino advierte que el amor (sensible) es diferente de la dilección (amor de la voluntad): “Toda dilección o caridad es amor, pero no al contrario, por cuanto la dilección añade sobre el amor una *elección* precedente, como su nombre lo indica; por lo cual la dilección no se encuentra en el apetito concupiscible, sino sólo en la voluntad y únicamente en la naturaleza racional. La caridad, a su vez añade sobre el amor una cierta perfección de éste en cuanto el objeto amado se estima en mucho, como da a entender el nombre mismo”⁴.

A partir de ahí se pueden distinguir dos clases de amor: *Amor de amistad* y *amor de concupiscencia*. El primero es propio de la voluntad que “sale de sí misma” para “darse” a otro por el bien de éste, el cual es una persona, no compete a un animal o a una cosa porque semejante acto es de la voluntad. Por ello se dice que es amor de amistad, porque sólo se puede dar entre personas. En cambio, el segundo el amor de concupiscencia es aquél en que predomina la parte sensible, e incluso se queda exclusivamente ahí, en el apetito sensible, que sale en búsqueda de su “bien”, pero “para él”, para la satisfacción de la propia tendencia. Por eso se dice que no es un amor de persona, sino de cosa, porque se considera que aquel bien al que se tiende es un medio, un instrumento que se usa para la satisfacción de la tendencia sensible. Esa condición de uso le cabe a las cosas, no a las personas, quienes son reconocidas no según la condición de uso (no son cosas), no son medios, sino fines en sí mismas.

⁴ S. Th. 1-2 q 26 a 3.

De ahí que Tomás de Aquino haga la siguiente clasificación:⁵

- a) Amor de concupiscencia: se quiere el bien para sí mismo.
- b) Amor de amistad: se quiere a la persona para quien se quiere el bien. Este amor ama por el otro, el cual sólo se ama por él mismo. De manera absoluta se puede dar respecto de Dios, el cual también puede ser amado con amor de concupiscencia cuando no se le ama por sí mismo, sino tratando de “usarlo”, dirigiéndose a Él sólo para que nos haga favores, etc.

Según esa clasificación, el amor de concupiscencia es aquél que tenemos los seres humanos por cosas que necesitamos para la propia supervivencia o bienestar sensible. Por ejemplo, cuando estamos sedientos tendemos al agua, la deseamos, cuando la bebemos sentimos placer, pero en ningún momento pensamos en el bien del agua, sino en nuestro propio *bien*. *En cambio, la tendencia sensible puede complacerse* ante la presencia o posesión de otra persona, cuidando de no quedarse en esa simple complacencia sino en amar a la otra persona por sí misma, no por lo que se puede obtener de ella, sino buscando su bien.

⁵ “el amor se divide en amor de amistad y amor de concupiscencia. Pues se llama propiamente amigo aquél para quien queremos algún bien; y se dice que deseamos con amor de concupiscencia lo que queremos para nosotros” S. Th. 1-2 q. 26 a 4.

Esto último, conlleva una adecuada educación para el amor humano, de la cual trataremos luego, que tiene que tener claro que la otra persona es un bien en sí misma, no relativa a su apetito o su necesidad, sino que vale tanto que hay que procurar su bien, su desarrollo, perfeccionamiento, y evitar cualquier daño o deterioro posible.

Para esto se precisa de un gran control, a partir de las facultades superiores como son la inteligencia y la voluntad, por lo cual el verdadero amor humano no es ciego, sino extraordinariamente lúcido (uno se “rompe” la cabeza, preguntándose cuál es el bien del otro) y sumamente generoso (nunca somos suficientemente generosos sí amamos de verdad).

3. *El odio*

Lo contrario del amor sensible es el *odio*, cuyo objeto es el mal sensible. Por eso, se pueden odiar cosas, acontecimientos, hechos, acciones (cuando son malas como por ejemplo una falta que va contra la justicia – respecto de los demás, de Dios–); pero no debemos odiar a las personas. De ahí que en la educación de la afectividad debe tenerse mucho cuidado con el sentimiento de simpatía y de antipatía.

Una de las formas como se manifiesta el amor de concupiscencia es en un sentimiento que es hoy muy frecuente: simpatía, y, correlativamente: la antipatía. Sin embargo, si nos dejamos llevar por ellos podemos ser injustos con los demás, ya que hemos explicado

anteriormente, las personas son un bien en sí mismas (no respecto de mí), y tenemos el deber de prestarles ese reconocimiento.

Por esto, es que en rigor, a las personas no les corresponde el amor de concupiscencia, sino el de amistad. Cuando se les trata a las personas como objetos que nos proporcionan placer (“me gusta”, “no me gusta”, “me cae bien”, “me cae mal”) entonces se da lugar a las antipatías, ¿por qué me “cae antipática” esa persona? A veces es por cosas sin importancia: porque es de tal status social, porque tiene tales modales, por su manera de vestirse o por su apariencia física, etc. Por eso hemos señalado que la antipatía es un sentimiento que hay que controlar porque de lo contrario podemos ser muy injustos con las personas.

La causa del odio es el amor; si consentimos en tener odio es que consideramos que tal objeto, (una cosa, o quizá una persona) es un mal para nuestra tendencia concupiscible que busca complacerse en un bien sensible; por lo que si una persona por su carácter o modo de ser, por su apariencia, etc., no cumple esas expectativas, entonces la rechazamos; pero esto es claramente injusto, porque se está sometiendo a aquella persona a la condición de cosa.

¿Por qué tenemos que juzgar a las personas? Se juzgan los hechos, pero no a las personas. Es curioso, pero a menudo somos juzgados precisamente por aquello en lo que no hemos intervenido libre y voluntariamente. Ninguno de nosotros hemos elegido el país, la ciudad o el pueblo donde hemos nacido, no hemos elegido ni a

nuestros padres ni a los hermanos, ni ser blanco, moreno o negro, ni tener tal condición económica u otra.

Por lo demás, ¿por qué todas las personas tienen que ser de nuestro gusto?. A lo mejor los judíos no eran del gusto de algunos alemanes, pero eso no justificó ni su odio, ni su intento de eliminarlos. La aceptación de las *naturales diferencias*, culturales, raciales, etc., no es sólo cuestión de apertura mental, es un asunto de justicia, ¿por qué lo propio tiene que ser lo único bueno y lo ajeno –o diferente– malo?

La semejanza –o la cierta afinidad– entre el bien amado y el sujeto que ama sensiblemente (igual que en el caso del amor de amistad) es algo necesario. Ya hemos dicho que influye mucho la valoración que personalmente tengamos de la realidad en el sentimiento favorable hacia ella porque de alguna manera “uno se encuentra a sí mismo” en aquel bien. Sin embargo, la semejanza –advirtió Tomás de Aquino– tiene que pasar por un atento examen y un claro discernimiento, ya que se trata de conseguir una semejanza virtuosa no viciosa o perniciosa.

¿Cuándo esa semejanza no es virtuosa? Cuando la finalidad que se persigue es mala, por ejemplo si el fin es entronizar lo propio como un bien. Si se considera que la propia raza o cultura es la superior, la única que debería existir, entonces se desprecia el resto. A veces lo propio no es tan extensivo como la raza, o la cultura, o el clan, sino que el “bien” propio es a veces la vana soberbia de querer ser considerado por encima de los demás, entonces se considera un mal todo lo que vaya en contra.

De ahí que, ese afán de considerar como único bien la propia excelencia, lleva a detestar a quien quiera lo mismo, y esa semejanza hace el efecto contrario del amor: lleva al odio, ya que es un impedimento para su vano enaltecimiento con lo cual a una persona así se le hace odioso su semejante, no como semejante, sino como obstáculo para su bien propio. Por eso, dice santo Tomás, los alfareros riñen entre sí ya que naturalmente se obstaculizan en el lucro y por eso se suscitan pendencias entre los soberbios porque mutuamente se usurpan la superioridad que ambicionan.⁶

Por otra parte, el odio –dice el Aquinate– es un sentimiento que se diferencia de la ira en que ésta es poco duradera, es más impulsiva, en cambio el odio puede hacerse *más profundo a medida que se le da vueltas y esa fijación de la mente, de la imaginación, de la memoria, de la voluntad*, hace más fuerte el rechazo a aquella persona u objeto, hace que ese odio se cultive en el interior; por esto también el odio daña más que la simple ira. Cuando el odio adquiere mayor intensidad que la de un simple sentimiento, se dice que es pasional y conlleva un mal corporal físico.

Con todo, si el odio está bien encauzado se trata de un sentimiento de repugnancia para todo lo que le es corruptivo física o moralmente. Así como todo lo que perfecciona al ser humano es bueno, lo que es nocivo es malo. Sin embargo, el odio no tiene la primacía, ya que atendiendo a que ninguna cosa se aborrece sino

⁶ Cfr. S. Th. 1-2, q. 27 a 3

por ser contraria al objeto que se ama, por tanto, que el amor es más fuerte y superior al odio.⁷

4. *La tristeza*

El dolor, la tristeza, es un sentimiento que aparece cuando experimentamos –y somos conscientes de ello– la presencia de un mal (o lo que es igual: la ausencia de un bien). Según Tomás de Aquino, “así como para la delectación se requieren dos cosas, cuales son la unión del bien y la percepción de esta unión, así también para el dolor se requiere la unión de algún mal –es un mal por lo mismo que priva de algún bien– y la percepción de esta unión”⁸.

El dolor puede ser externo e interno, aunque pueden ir juntos. La causa del dolor externo es el mal presente y contrario a la vida física o al cuerpo u organismo, y la causa del dolor interno es el mal presente y opuesto a las tendencias. En correspondencia, el dolor externo sigue, a su vez, a la aprehensión de los sentidos externos, especialmente del tacto; y el dolor interior a la aprehensión interna que puede ser de un sentido interno como la imaginación o la memoria, o también a la aprehensión de la razón misma.

⁷ Cfr. S. Th 1-2, q. 39.

⁸ S. Th. 1-2 q. 35 a 1

A partir de ahí se puede ver que el dolor interior es más fuerte que el externo, del mismo modo que la aprehensión de la razón y de la imaginación es más profunda que la del sentido del tacto.⁹

De modo general, siguiendo al Aquinate,¹⁰ podemos decir que existen cuatro especies de tristeza:

a) *La compasión*: es la tristeza del mal ajeno en cuanto éste se considera como propio. Por ejemplo, cuando vemos a un mendigo, normalmente experimentamos sentimientos de compasión, ya que nos damos cuenta de los males que padece y nos ponemos en su lugar, es decir, lo hacemos propio. El sentimiento de la compasión debe ser controlado por la razón y debidamente encauzado; por ejemplo, a veces percibimos más directamente la carencia de bienes materiales necesarios para la supervivencia –alimentación, vestido, vivienda digna–, a los que todo ser humano tiene derecho, pero la carencia de bienes espirituales no siempre nos causa compasión, por ejemplo, la carencia de educación, de virtudes, de bienes sobrenaturales, etc. Es decir, que algo que nos conviene tener claro es que la miseria material es un mal y hay que tratar de combatirla, pero no menos importante es la miseria espiritual, porque puede haber quien posea bienes materiales suficientes y aún abundantemente, pero que carezca de bienes espirituales y sea más infeliz que un pobre mendigo.

⁹ Cfr. S. Th 1-2 q 35 a 7

¹⁰ Cfr. S. Th 1-2 q 35 a 8

b) *La envidia*: es la tristeza ante el bien ajeno que se estima como mal propio. También hay que ejercer control sobre este sentimiento porque la envidia puede hacer mucho daño tanto personal como socialmente. La manera de controlarla es siguiendo el proceso de educación de los sentimientos que ya hemos señalado, preguntándonos en primer lugar: ¿por qué envidio a esta persona?. Frecuentemente es porque aquella persona posee un bien que uno no tiene, entonces como *considero que sólo es bueno lo propio*, por tanto mi voluntad rechaza ese bien y a la persona que lo posee.

En segundo lugar, hay que preguntarse: ¿por qué rechazo ese bien?. Si es un bien, tengo que dirigir hacia él mi inteligencia para entenderlo como un bien en sí mismo, independientemente de que sea propio y ajeno, y junto con eso hay que dirigir la voluntad hacia el reconocimiento y adhesión a ese bien en sí mismo. De esta manera nuestra voluntad permanece vigorosa porque se ha liberado del propio *egoísmo que lleva a considerar que un bien sólo es bien si es propio, y es mal si es ajeno*. Como se ve, en el fondo de los males, late una injusticia, respecto de las cosas, respecto de los demás y respecto de Dios.

Por esto hay que corregir la torpeza o debilidad de la voluntad, ayudándonos en primer lugar de la inteligencia: hay que reconocer que aquél es un bien, aunque sea ajeno. Una vez que se ha corregido la voluntad respecto de aquel bien, hay que reconducirla respecto a la persona que lo posee. ¿Por qué me siento mal u ofendido porque fulanito tenga ese bien y yo no?. Por soberbia, porque no reconozco la dignidad de fulanito

y yo me considero más digno que él. Entonces, me considero ofendido porque él tiene ese bien y yo no. Pero nadie agota la especie humana, y unos tenemos unas cualidades y otros, otras, con el fin de ayudarnos.

Por tanto, hay que hacer el mismo proceso anterior: la inteligencia tiene que ayudarnos a redescubrir que fulanito es digno y que la dignidad humana es una prerrogativa de todo ser humano, que no está supeditada a la tenencia de ningún bien, sino que cada quien es digno y valioso en sí mismo. Entonces hay que reconocer al otro en cuanto otro, en sí mismo, con una dignidad que no está supeditada a nada. Lo que le falta al envidioso es reconocer al otro como un bien en sí mismo, con tantos o más méritos que él para tener cualquier bien, sin consultarnos ni pedirnos permiso a nosotros. Esto tiene que ver con un sentimiento tan destacado como es el del respeto, el cual hay que educarlo desde la más tierna infancia. Hay que tratar que, desde la niñez, se aprenda a respetar al hermanito o al compañerito como un ser humano que vale y es digno en cuanto tal. A veces, los padres para evitar que un niño perjudique a su hermanito le dicen “¿no te das cuenta que es *tu* hermano?”, es decir es algo “tuyo”, para que el otro se detenga; sin embargo, es más educativo que aprendan a respetarlo por él mismo.

En segundo lugar, el envidioso tiene que corregir un falso criterio, y es que supedita la valía de las personas a los bienes materiales o espirituales que posea. Este error lleva a considerar que una persona vale más cuanto más bienes tiene, por lo cual, si una persona tiene esos bienes que el envidioso no posee, entonces considera

que le ha hecho una afrenta porque lo deja en un lugar inferior. Por ejemplo, si fulanito tiene un carro, éxitos profesionales, fama y honores, puede ser envidiado partiendo del juicio erróneo de que eso es lo que le hace superior, y el envidioso se siente inferior.

Desde pequeños hay que hacerles ver a los hijos o educandos que nadie es superior ni inferior a otro, porque es valioso en sí mismo y además porque –como hemos señalado– ningún ser humano agota la especie humana, es decir, que los bienes de la especie humana, los talentos, están repartidos, y no hay nadie que los posea todos. Éste es un gran tema antropológico: el de los tipos humanos, que están puestos en vistas a la cooperación, a la ayuda mutua, a la vida social, a la división del trabajo y a la solidaridad (así, por ejemplo, un intelectual no tiene derecho a creerse mejor que un obrero o un técnico, ni una persona de un status social o económico puede creerse superior a los de un nivel social o económico inferior).

Los bienes intelectuales, a pesar de que atañen al espíritu, no son los únicos, ni los superiores. Por encima de ellos está la persona humana en cuanto tal y su Creador. Así, si un profesor universitario tiene unos bienes intelectuales, no le deben llevar a considerarse superior, sino a ponerlos al servicio de los demás. Tampoco dentro de esos profesores cabe que unos se consideren superiores a otros, ni al revés. Una persona no le puede decir a otra: “Tú eres más inteligente que yo y por eso me ofendes y te rechazo”. Al contrario, debe decirle: “vamos a ver qué tienes tú que me puede ayudar a mí y qué tengo yo que te puede ayudar a ti”. Atendiendo a la

naturaleza humana y a la dotación tipológica, todo ser humano siempre es superior a otro en algún aspecto.

El sentimiento de la envidia se controla entonces reconociendo los bienes en sí mismos y la dignidad irrestricta de todo ser humano, junto con la disposición a la colaboración y a la ayuda mutua, cultivando el respeto y la amistad antes de que la envidia haga estragos.

c) *La angustia y ansiedad*: Tomás de Aquino, que es a quien estamos siguiendo, considera que se produce una gran tristeza ante la imposibilidad de huida ante el mal. Cuando ésta se agrava por no vislumbrar salida ni consuelo alguno se produce la angustia.

El sentimiento de la angustia es muy fuerte para un ser humano, ya que es un tipo de tristeza total, es decir, que dado que la tristeza se desata ante la pérdida de un bien, o la presencia de un mal, en este caso se considera que ya no existe esperanza de alcanzar un bien que se considera necesario, y que sólo nos queda el mal. Por eso es que en el estado de angustia las personas sienten como si se fueran a morir, tal es la situación ante la pérdida de aquellos bienes.

Conviene controlar estos niveles más profundos de tristeza. También aquí cabe el control de la inteligencia y de la voluntad. Se puede empezar por considerar con la inteligencia si el mal que genera tal ansiedad y angustia es *realmente un mal, y qué grado de mal es*. Porque puede producirse todo un cuadro de ansiedad cuando una persona considera que su único y más excelso bien

es “quedar bien” ante los ojos de los demás, entonces, cuando se ve en peligro de no conseguirlo, puede meterse en un calvario gratuito.

Otras personas pueden creer que el mal es la pérdida de tal bien material o incluso el cariño de tal persona. En la medida en que no se conserva una adecuada escala de valores, y se saquen las cosas de su lugar, una persona puede llegar a obnubilarse u obsesionarse. Como los otros tipos de tristeza, el poner las cosas en su sitio y desprender la voluntad de bienes falsos, ayuda a controlar este sentimiento. Sin embargo, hay que atender al hecho de que, frecuentemente, los sentimientos de ansiedad y angustia son complejos, y hay que revisar experiencias pasadas, juicios erróneos, otros sentimientos: deseos, temores, odios, etc.

La ansiedad, la angustia, como todos los sentimientos fuertes o intensos, tiene la peculiaridad de ir acompañada de alteraciones notables en el organismo y, por tanto, en la salud de quien la padece. Esto no sólo se limita a las manifestaciones externas, como sudoración, palpitaciones, sentir la falta de aire, ahogos, etc., sino que los efectos se sufren internamente en el sistema nervioso en general, y en los demás sistemas que conforman nuestra fisiología. Por esto, la manera de controlar las ansiedades y angustias, especialmente las crónicas, requiere de la ayuda profesional de médicos y especialistas.

Sin embargo, a menudo estos sentimientos de tristeza intensa suelen estar precedidos de una fase de “preocupación”, en la que se da vueltas y vueltas a una

situación sin encontrar una salida. Por esto es necesario controlar el nivel de preocupaciones.

Para que alguien deje de preocuparse, no basta sólo con “distracer su atención”, para que piense o se interese por otras cosas, o decirle que no hay que preocuparse, o que no hay que afligirse, o que no hay que enojarse en demasía, y que hay que ver las cosas con optimismo, etc., esto es necesario, pero no es suficiente; es preciso ir más allá, hay que ayudar al sujeto, ponerle en condiciones de que re-estructure nuevamente su vida, de que se empiece a motivar –o disfrutar– poco a poco con bienes sencillos que le saquen de esa prisión, y a ayudarlo a esclarecer cuáles son aquellas cosas que considera bienes –y males–, y ejercer un juicioso discernimiento junto a la respectiva reconducción de la voluntad, lo cual va a ir tirando de lo afectivo. Como en toda tristeza, es importante que el sujeto que la padece cuente con una buena amistad, y sea querido incondicionalmente.

El asunto es muy complejo y ya hemos advertido que este libro sólo pretende ser una introducción para empezar a aclararnos respecto al mundo afectivo, por lo que no pensamos agotar el asunto sino dejarlo encarrilado. Lo que está claro es que, en estos casos, aún cuando algunas veces haya que recurrir también a la terapia farmacológica y otros medios especializados, en el fondo es conveniente ir ayudando al sujeto a que se vaya enfrentando con cuestiones básicas como: ¿dónde tengo el corazón?, y ¿dónde lo tengo que tener?.

d) *El abatimiento*: ya nos hemos referido a él cuando vimos algo de la angustia. Se trata de una tristeza que se agrava hasta el punto de paralizar los miembros exteriores, por ejemplo priva de la voz, del normal movimiento físico, etc. El abatimiento es un grado muy intenso de tristeza, se da cuando ésta se ha hecho muy profunda, o el dolor ha sido experimentado por un período largo de tiempo, o cuando el dolor se refiere a un conjunto o múltiples pérdidas o males.

De modo semejante al control de los otros estados de tristeza, hay que proceder al correspondiente examen y evaluación de nuestros bienes, amores, etc. Lo peculiar del abatimiento es que, si en todos los casos anteriores es conveniente acudir a la ayuda que nos puedan brindar personas en capacidad de darla, en ésta se hace imprescindible, ya que como en la ansiedad y/o angustia crónica, ésta es también una tristeza crónica que lleva una *fijación paralizante*, de la imaginación, de la mente, o de la memoria, etc., que se queda *fijada* en esos acontecimientos dolorosos, obnubilando al sujeto, con una falsa percepción de la realidad.

Asimismo, a eso se añaden las consiguientes consecuencias en la salud de la persona que la padece (alteración del sistema límbico de la corteza cerebral, efectos en la circulación sanguínea, con las siguientes perturbaciones del sueño, de la comida, etc.); por lo que la propia persona es casi incapaz de salir por sus propios medios; lo hará si cuenta con ayuda especializada.

En general, con respecto a la tristeza, y a modo de resumen, las causas de ese sentimiento son, según

Tomás de Aquino: el bien perdido o el mal presente, la tendencia al bien placentero, el apetito de la unidad y el poder al que no se puede resistir. Los efectos son, básicamente, que el dolor priva de la facultad de aprender, ya que el sujeto se obnubila por la fijación mental que tiene en el bien ausente o mal presente, así como la pesadumbre de ánimo que debilita toda operación (quita energías para trabajar, para relacionarse con otros, etc.) y daña la salud corpórea.¹¹

e) *¿Cómo se alivia la tristeza?* Tomás de Aquino considera que los remedios que alivian la tristeza y el dolor son básicamente:

1. El *llanto* si se produce una adecuada descarga emocional, el sujeto queda más aliviado.
2. La *delectación* sensible por tanto hay que dirigir los sentidos externos: vista oído, tacto, gusto, olfato. Por ejemplo, viajar o dar un hermoso paseo, salir a contemplar un paisaje espléndido, escuchar música, etc.
3. Junto con estos bienes sensibles, el Aquinate considera toda una gama de *bienes espirituales*:

i) La compasión de los *amigos*, en tanto que es un bien, a veces sólo basta la presencia del amigo, saber que lo tiene a su lado. Por tanto es bueno escuchar, que la persona triste sepa que sabemos y entendemos lo que le sucede, que puede contar con nosotros y que no

¹¹ Cfr. S. Th. 1-2 q. 36 y 37.

le hemos abandonado y de modo especial ayuda contar con la presencia de Dios como el Amigo por excelencia.

ii) La contemplación de la **verdad**. Esto último incluye lo que hemos dicho antes: la tarea de esclarecer los verdaderos bienes, pero sobre todo algo que surge a partir de la consideración de los diversos bienes, y es la capacidad de encontrar un **sentido** al dolor que se padece.

5. La esperanza y de la desesperanza

La esperanza es un sentimiento positivo, es la pasión del apetito irascible que sigue al bien sensible futuro, arduo y posible de conseguir. Se contrapone al temor, porque así como éste es expectación de un mal futuro, la esperanza lo es de un bien futuro. Se contrapone a la desesperanza porque ésta es la tristeza sin ninguna expectación de cosas mejores. Por eso es que la esperanza es un sentimiento positivo porque abre al futuro, en cambio, la desesperanza inhibe.

La desesperación no comporta la sola privación de la esperanza sino una repulsa positiva de la cosa deseada por considerarla imposible de alcanzar. Por su parte, las causas de la esperanza son: la experiencia, la formación personal y todos los bienes o recursos de los que puede echarse mano para salir adelante (los bienes materiales, la fortaleza, etc.).¹²

¹² Cfr. S. Th. 1-2 q. 40

La esperanza también es un sentimiento que hay que fomentarlo adecuadamente, porque nos lanza al futuro, ayuda a nuestro crecimiento, nos da flexibilidad. Sin embargo, hay que educar este sentimiento, porque nos podemos equivocar. Por ello es conveniente que con frecuencia nos preguntemos: ¿dónde he puesto mi esperanza?

¿La tengo puesta en la consecución de bienes pequeños, materiales, caducos, efímeros, de poca entidad? ¿Tengo puesta la esperanza en bienes inmediatos, que se acaban pronto, o la lanzo al futuro, a bienes de mayor envergadura? A veces, nuestra esperanza es tan corta como la de llegar al fin de semana y ver tal película o descansar, o incluso más corta todavía: la de volver a casa aquella mañana y comer aquel platillo. Ya se ve que en cuanto hemos terminado de comer ese platillo se acabó la esperanza.

La esperanza es muy importante porque abre puertas, nos despeja el sendero, por lo que ha sido considerada el bastón del caminante: tiene que ser flexible, pero seguro, nos tiene que acompañar siempre y además nos tiene que ayudar a caminar, a ponernos enfrente del futuro pero no desfuturizándolo, es decir, no reduciéndolo al presente (porque si el futuro se trata como presente, como un presente, sólo que está después, en realidad no es futuro).

Nuestra esperanza debe ser de tal nivel que esté puesta en algo, en Alguien, que nos supere a nosotros mismos, en cuanto a nuestras circunstancias actuales, y debe ser posible de ser alcanzada. Es conocida la famosa frase de que “al que aguarda le acontece lo

esperado, en cambio, quien espera realmente le acontece lo inesperado”, es decir lo grandioso, aquello que rebasa la limitación que desde el momento presente se puede tener. Por ejemplo, para un cristiano su mayor y auténtica esperanza es el Cielo, que es “lo que ni ojo vio, ni mente alguna pudo concebir”, y si pierde de vista eso, entonces se queda en lo inmediato, y puede desesperarse. Por eso, cuando uno vea que “le entra la desesperación” ha de preguntarse: ¿me estoy quedando absorbido por lo inmediato?.

Por otra parte, el optimismo es un sentimiento positivo respecto de las cosas y de las personas, que ¡pueden mejorar! Por eso, para cultivar el optimismo hay que empezar por considerar, primero, que son un bien, especialmente las personas, que aunque tengan defectos pueden ir mejorando con nuestra ayuda. Igualmente respecto a los proyectos humanos que tardan en desarrollarse y entonces hay que saber en qué fase del proyecto nos encontramos y cuales son los recursos necesarios para seguir adelante.

6. *El temor*

El temor es un sentimiento cuyo objeto es el mal futuro difícil de ser superado, y al cual uno no puede resistirse.¹³ La clasificación que hace Tomás de Aquino es la siguiente:

¹³ Cfr. S. Th. 1-2 q. 41

a) El temor considerado en sí mismo:

- actual: temor
- habitual: timidez.

b) El temor considerado en sus efectos

- en el ánimo: conturbación
- en el cuerpo: temor;
- en la cabeza: horror;
- en el rostro : rubor;
vergüenza y palidez;
- en las extremidades:
temblor, rigidez.

De modo semejante a lo que hemos visto en los anteriores sentimientos, el asunto clave empieza por considerar con la inteligencia cuáles son los verdaderos bienes, y cuáles los males, para saber a qué tenemos que temer y a qué no, ya que puede haber miedos totalmente infundados, y en cambio no temerse los verdaderos males. El temor, cuando es intenso, también tiene unas manifestaciones corpóreas, produce temblor, contracción e impide la operación (pensar, hablar, moverse, etc.).¹⁴

¹⁴ Cfr. S. Th. 1-2 q. 44

Las causas del temor son el amor y la impotencia. Por eso hay que educar desde la más tierna edad en aquello que realmente merece ser amado, y controlar la imaginación para ponerse en guardia de los posibles temores injustificados.

En cuanto a la impotencia, hay que aprender a valorar los recursos propios y también los ajenos. A veces tenemos que hacer frente a los males solos, pero aún así tenemos que vernos asistidos por el amor y la amistad de quienes nos quieren bien y a quienes nosotros tratamos de procurar bienes. El amor da fuerzas para vencer los males que se opongan a lo que amamos. Por eso también hay que ayudar a los educandos a que tengan grandes ideales o Amores, para que, saliendo de sí mismos, valoren más aquellos ideales o personas, que cualquier bien propio secundario o relativo.

En general, el temor se educa, como veremos luego, con la virtud de la fortaleza, y en especial con la audacia, para impulsar a los educandos a hacer frente a los verdaderos males de manera realista, teniendo en cuenta los recursos propios y los ajenos, con los que se pueda contar.

Según Tomás de Aquino, “la audacia es lo que más dista del temor, pues éste rehuye el daño futuro a causa de la victoria que éste ha de lograr sobre el que teme, mientras que la audacia afronta el peligro inminente en razón de la victoria que se ha de lograr sobre el peligro mismo”¹⁵. La audacia sigue a la esperanza aunque

¹⁵ Cfr. S. Th. 1-2 q. 45 a 2.

los audaces son más valerosos al principio que en el momento mismo del peligro, ya que aquí tienen el mal más cerca.

7. La ira

La ira es una pasión especial porque puede ser causada por el concurso de varias pasiones, ya que no brota el movimiento de ira sino a causa de alguna tristeza inferida (por la pérdida o ausencia de un bien) y supuestos el deseo y la esperanza de vengarse (por lo cual a menudo conlleva acciones transitivas, que se dirigen hacia fuera del sujeto).

De modo parecido a los otros sentimientos, su objeto puede ser el bien y el mal, ya que tiende a la venganza que apetece y a otro sujeto, bajo la razón de mal que es la persona a quien considera como dañina y de quien desea vengarse.¹⁶

Las causas de la ira pueden ser básicamente:¹⁷

1. Por una acción que se ha hecho contra uno, lo cual produce la irritación.
2. Los defectos de los otros, en cuanto que los defectos son ausencia de bienes o virtudes, y por tanto son males.

¹⁶ Cfr. S. Th. 1-2 q. 46

¹⁷ Cfr. S. Th. 1-2 q. 47

3. La conciencia de la propia excelencia y por el desdén y el menosprecio inferidos a ella.

En general, todas las causas de la ira pueden reducirse a lo que se considera un rebajamiento del bien propio y del sentido de la propia excelencia. Por esto, la ira se desencadena ante la percepción de un peligro (unas palabras o actitudes que ofenden al sujeto física o psíquicamente). Entonces, se produce una descarga bioquímica en el organismo y una subida del nivel de alerta.

Cuando la ira no se domina, trae efectos funestos porque, como hemos señalado no sólo se queda en el propio sujeto sino que se vierte en su entorno. Así pues, la ira busca vengar el mal recibido, pero si no se le domina puede impedir el uso de la razón, a la vez que provoca efectos corpóreos o físicos, por ejemplo, el sujeto enmudece, su lengua se traba y el rostro se enciende.¹⁸

Los remedios contra la ira son básicamente:

Quitar las causas que producen la ira, o al menos debilitar al máximo posible su influjo. Frente al movimiento de ira antecedente a todo juicio de la razón se procurará quitar su causa externa, evitando el dolor, y cuando esto no sea posible, prever las reacciones emocionales internas que a ellas han de suceder, para tratar de ordenarlas racionalmente.

¹⁸ Cfr. S. Th. 1-2 q. 48

Por eso hay que *evitar las fijaciones mentales*, saber “pasar la página”, y no estar “dándole vueltas al agravio”, tratando de quitarle importancia y especialmente de excusar o buscar alguna explicación al hecho o a la conducta de la otra persona. En este punto, y al considerar la ira en el orden moral, es conveniente el tratar de *no juzgar* temerariamente, ya que la causa de la ofensa pudo haber sido la ignorancia. Hay que excusar, lo cual no quiere decir negar el hecho, sino comprender a la persona que lo ha realizado.

Así por ejemplo, a veces sucede que un sujeto puede enfadarse desproporcionadamente porque otro le adelantó intempestivamente en la carretera, debido a que lo percibe como una amenaza, como un peligro, porque cree que el otro está exponiendo su vida; y piensa “¡me quiere matar!”, pero también puede tratar de excusarlo y en lugar de pensar que lo quería chocar, pensar que no se ha dado cuenta, que alguna circunstancia lo ha puesto en esas condiciones, etc.

Ante los males recibidos, lo mejor es cambiarles de signo, para que en vez de que nos destruyan nos ayuden a ser mejores. De ahí que *ante un defecto de los demás, hay que pensar que uno también los tiene y hay que tratar de no juzgarles*. Por ello también es muy útil el recurso del humor, ya que es “ponerse por encima” de esas limitaciones.

De modo semejante a como se controlan las preocupaciones, la tristeza, el temor, hay que evitar las fijaciones mentales, el “darle vueltas” al asunto, a la persona, los hechos, que nos ha provocado la ira, ya que esto reaviva la ofensa, agravios, etc., ahondando

los sentimientos negativos en el sujeto. En el fondo, dice el Aquinate “contra la ira el mejor remedio es el reconocimiento de la propia fragilidad”¹⁹, es decir la *humildad*.

8. *El control de las pasiones a través de las virtudes*

a. *Las pasiones y la voluntad*

Recogiendo lo que hasta ahora hemos visto tenemos que recordar que aunque las pasiones son actos del apetito sensible, en el ser humano, la voluntad acompañada de la inteligencia ejerce un dominio político e impera sobre su actuar mismo y la ejecución a la que impulsan.

Así mismo, hay que advertir que en individuos normales, ninguna pasión lleva a ejecutar nada sin el concurso de la fuerza voluntaria. La voluntad siempre apoya o contrarresta a la pasión. En el hombre, el circuito estímulo-respuesta es libre.

Accidentalmente, una pasión puede imponer insoslayablemente un acto, fruto de la intensidad de la pasión que puede bloquear al intelecto y a la voluntad, por lo cual hay que preverlo en lo posible.

En cuanto al desencadenamiento de la pasión, hay que observar que de manera inmediata surge de los actos aprehensivos sensibles, de la percepción o

¹⁹ Cfr. S. Th. 1-2 q. 47 y 48.

representación del objeto, por ejemplo de la belleza que desencadena automáticamente el goce e incluso el amor, y la ira que aparece ante la representación del mal o agravio.

De ahí que la inteligencia puede empezar por controlar los sentidos internos y externos mediante la *sustitución* de las percepciones o representaciones. Esto es especialmente importante respecto de las pasiones de ira, temores, lujuria (revistas, películas con escenas provocativas, etc.)

El control voluntario se puede facilitar mediante el ejercicio de hábitos buenos: virtudes, que llevan a adherirse a los bienes mejores; y dificultar mediante el ejercicio de hábitos malos: vicios, que veremos posteriormente. Existe una resistencia de las pasiones a someterse al dominio de la parte más noble del hombre lo cual es consecuencia del desorden de las inclinaciones o tendencias, y que se puede agravar más por los desórdenes que personalmente se vayan consintiendo en la actuación de las potencias sensitivas.

b. Las virtudes de los apetitos sensibles

- 1) El hábito que perfecciona al concupiscible: *La templanza*.

La templanza es una virtud y como tal es un hábito operativo bueno adquirido por la repetición de actos, por tanto es una virtud dinámica, nunca estática, que puede perderse o que puede progresar, hacerse cada vez mayor. Por medio de ella se moderan las pasiones

del apetito concupiscible. Su nombre etimológico es *temperantia* y significa moderación. A veces la templanza se ha reducido sólo al comer y al beber y nada más. Además, cuando se ha referido a la comida y la bebida se ha visto en ellas sólo la moderación en la cantidad. También se ha empleado la templanza en relación con la ira. Así cuando alguien está airado, se le suele pedir que “se modere”.

Sin embargo, el verdadero significado de la templanza es el de ser un hábito por el cual se posee una discreción ordenadora del apetito que se dirige al bien sensible inmediato. Con ella se trata de hacer un todo armónico de una serie de componentes dispares. Por ello, la templanza no sólo quiere decir poner freno o parar, sino respetar, tratar con miramiento una cosa. La templanza tiene un sentido positivo, su finalidad es lograr el orden interno en la persona humana. La tranquilidad de espíritu requiere un dominio de los apetitos, especialmente del concupiscible, lo cual evita la autodestrucción.

La templanza es la virtud que modera el apetito concupiscible, la tendencia natural hacia el placer sensible; por ejemplo, el que se obtiene en la comida, en la bebida y en el deleite sexual. Esas dos tendencias, la de la comida-bebida y la de la reproducción humana, son, como ya señalamos, tendencias muy básicas, son una manifestación de las fuerzas naturales que actúan en la conservación de la vida humana. También tiene que ver con la mansedumbre, aunque ésta es una virtud del irascible, ya que modera la ira.

Las virtudes que más propiamente se derivan de la templanza son:	En lo que respecta a la comida y la bebida	En lo que respecta a la sexualidad humana
	SOBRIEDAD	CASTIDAD PUREZA PUDOR

De modo general, y en lo que respecta al saber, la templanza se encuentra en la *studiositas* y en lo que se refiere a la propia estima, se encuentra en la humildad que protege al ser humano contra el instinto de dominio, y contra el afán de imponer la propia valoración.

LA SOBRIEDAD: Es la virtud por la cual se controla la tendencia a la comida y a la bebida, teniendo en cuenta su fin y no sólo su cantidad sino su contenido. Es decir, que lo importante es no desvirtuar la finalidad de la comida que es alimentarse, sin sustituirla por el placer o la ley del gusto.

LA CASTIDAD: Es la virtud por la cual se regulan de modo racional, y verdadero, todos los actos propios de la sexualidad humana, atendiendo a sus fines: la procreación-educación de los hijos, lo cual debido a su importancia exige –como ya señalamos– una institución que es el matrimonio, y, al fin de la mutua ayuda de los esposos.

Es necesario cuidar mucho esta virtud por la importancia de aquellos actos, y cuanto más importante es una cosa, tanto más ha de seguirse en ella el orden de la razón. Por eso, es de gran ayuda el entender rectamente la sexualidad humana que no debe ser reducida a sólo su aspecto biológico, como en los animales, sino que tiene que tener en cuenta las otras dimensiones psicológicas, espirituales y éticas que son inherentes a todo acto humano libre. Por otra parte, los desórdenes en este ámbito restan mucha fuerza a la voluntad.

EL PUDOR: Es una virtud muy cercana a la castidad. Es aquel hábito de la reserva de la intimidad, que lleva a un individuo a guardarla respecto de extraños, de manera que esté dispuesto a entregarla a la persona adecuada y en el momento adecuado. El pudor tiene tres aspectos: Lo primero es el pudor en el propio cuerpo.

El cuerpo es algo muy íntimo de cada uno. Por eso debe cuidarse que se dé en él una manifestación de la propia persona, de lo más espiritual que hay en ella y que, por tanto, con el modo de presentarse, de vestirse, se guarde el propio cuerpo respecto de las miradas y apetencias de cualquiera. El modo de vestirse proyecta externamente el espíritu.

De ahí que un novio puede disgustarse si su novia se presenta públicamente semi-vestida, porque entiende que el cuerpo de su futura esposa no se puede exhibir así delante de todo el mundo, ya que le pertenecerá sólo a él, quien tendrá derecho a él en el matrimonio.

Otro ámbito del pudor es el lenguaje, por el cual las cosas íntimas no se cuentan a cualquiera y en cualquier lugar y de cualquier modo, sino que se ejerce la racionalidad y el carácter personal de cada uno. No se puede poner la propia intimidad en manos de cualquiera, porque puede ser un desaprensivo que puede recibirla mal o inadecuadamente.

La vivienda o la propia habitación constituye un lugar bastante íntimo. Una señal de ello es que por los pasillos de la casa se puede andar en pijama, lo cual no es posible hacerlo por la calle. Dentro de la habitación pueden hacerse cosas íntimas que no se exponen a la vista de los demás. De ahí que a un desconocido no se le hace pasar a la sala, menos a las habitaciones. Lo íntimo no se comparte con cualquiera.

2) El hábito que perfecciona al irascible: la *fortaleza*.

El término fortaleza viene del latín *fortitudo*, que significa fuerza, energía. A su vez, la palabra griega *andreia* que significa fuerza o fortaleza viene de *andros*, que significa virilidad, hombría. Sin embargo, la fortaleza no sólo se refiere a los hombres sino a todo el género humano, ya que el dolor, el sufrimiento y el mal están presentes en la vida de todo ser humano, son algo connatural, y para hacerle frente se precisa de energía interior, de una agresividad interna, gobernada por la inteligencia y la voluntad: es la virtud de la fortaleza.

La fortaleza es la virtud de apetito irascible que regula la tendencia a acometer bienes difíciles de alcanzar o a resistir males difíciles de evitar. Tiene, por tanto,

dos actos fundamentales: el ataque o acometimiento y la resistencia. El ataque supone menos energías que la resistencia, porque en este último caso, el dolor, mal o daño está presente, en cambio en el ataque el mal está en buena parte en el futuro.

Las virtudes del acometimiento son:

La magnanimidad: significa espíritu grande, que a pesar de todas las dificultades que conlleve una tarea es capaz de arrostrarla.

La magnificencia: es la virtud que no repara en el desgaste de energías necesario, o en la cantidad de gastos o recursos a emplear que demanda una tarea o una empresa. El magnífico es el hombre espléndido.

La reciedumbre: es la fortaleza pero referida a la dimensión corpórea o material, por ejemplo, bañarse con agua fría, resistir el calor, el frío, comer lo que no gusta.

Las virtudes propias del resistir son:

Paciencia: Es la virtud por la que se resiste en el bien a pesar de la *cantidad* de dificultades que sobrevengan.

Perseverancia: Es la virtud por la cual se sostiene el esfuerzo en la realización de una tarea ardua, a pesar del *tiempo* que conlleve.

Audacia: Es la virtud por la cual se acomete una tarea difícil, en vista de la posibilidad real de conseguir el bien.

Los vicios del irascible son principalmente: el *cinismo*, la *pusilanimidad*, la *iracundia*.

El cínico: es aquel que, de entrada renuncia al bien, no acomete empresas de valía, debido al esfuerzo que conlleva su realización, por lo cual no reconoce su valor y se burla de ellas, excusándose así de realizarlas. El cínico procede astutamente, como en el ejemplo de la zorra y las uvas. La zorra al no poder alcanzar las uvas niega que éstas sean buenas y dice: no están maduras.

El cínico, así como el astuto, corrompen su inteligencia al negar que el bien sea precisamente bien. Esta alteración del ejercicio de la inteligencia es muy seria; tanto, que ha llevado a hablar de dos tipos de sinvergüenzas: el buen sinvergüenza y el mal sinvergüenza. El primero es aquel que, aunque obra mal, reconoce que lo está haciendo mal; sería aquel que dice: «está el bien, lo reconozco como tal, esas personas que lo hacen son buenas, yo no tengo las fuerzas para realizarlo, pero no niego que aquello sea un bien».

En cambio el mal sinvergüenza (el cínico) es aquél que se niega a reconocer la verdad o, el bien, negando que lo sean, aduciendo que son una tontería y las personas que lo tienen en cuenta unos raros, fanáticos o tontos.

De esta manera violenta a su inteligencia que está hecha para reconocer el bien, oscureciéndola aún más. El primero tiene una ventaja y es que ha dejado claro el bien, el fin, el norte; en cambio, el segundo no, de manera que se hace imposible rectificar porque ha retirado del horizonte el bien hacia el cual enderezar sus pasos. En el fondo, el cínico no tiene esperanza, porque

le parece que no es posible mejorar las cosas, por lo cual se exime de intentarlo.

El pusilánime: Muy cercano al cínico está el indiferente, el pasota, y el pusilánime, que son aquellos que no acometen ninguna tarea costosa, por el esfuerzo que comporta o por miedo a sufrir, y entonces se hacen indiferentes, pasan de todos los problemas, o se llenan de miedo, lo cual les inmoviliza para acometer una tarea ardua.

El iracundo o violento: es aquél que no soporta el dolor o el mal, y al no poder resistirlo, por falta de fortaleza para acometerlo con paciencia y perseverancia, quiere eliminarlos de manera inmediata y concluyente, por ejemplo el terrorista trata de terminar con el mal poniendo una bomba para protestar contra el mal o situaciones de injusticia social.

El iracundo es aquél que, por falta de fortaleza, no ha moderado la pasión de la ira y ante una dificultad, un dolor o un mal, “explota” agresivamente, no lo resiste precisamente porque es débil. Se requiere poca energía para “explotar” iracundamente, en cambio, para resistir se requiere mucha fortaleza, porque se precisa enfrentar y cargar con el mal a costas. Por esto, el que grita o reacciona agresiva o destempladamente, no es fuerte, aunque lo parezca, sino que es precisamente un hombre débil, incapaz de resistir el mal.

9. La educación del carácter

Un medio muy adecuado para la educación de la afectividad es el conocimiento del propio carácter. Si relacionamos el grado de sensibilidad que tiene una persona con su capacidad de actividad (que es como su “cauce”) y el tiempo que dura la afectación que le producen las cosas en su interior, podemos identificar algunos tipos de carácter.

Conocer nuestra peculiaridad caracterológica es algo que contribuye al logro de la personalidad madura, que es tan importante para lograr el éxito, el amor, la felicidad verdaderos, porque lo más decisivo, en último término, es el sentido que le demos a nuestra vida, el cual se engarza definitivamente en la capacidad de amor y entrega personal, como luego iremos viendo.

a. Elementos del carácter

1. La emotividad: es la conmoción que nos produce los acontecimientos en la vida diaria. Todos tenemos la capacidad de conmovernos, pero llamaremos emotivo sólo a quien se conmueve más fácilmente que el término medio. Al emotivo le basta una excitación débil para que se produzca aquel efecto. En cambio, el no emotivo necesita una excitación fuerte para lograr el mismo resultado.

La alta emotividad se reconoce por la desproporción entre la importancia objetiva de un

acontecimiento y el impacto subjetivo que causa. Son rasgos típicos del emotivo el humor variable, la excitabilidad, la inquietud, la impresionabilidad, la tendencia a exagerar. Por el contrario, el no-emotivo se encuentra habitualmente tranquilo y de humor siempre igual.

Conviene advertir que no todos los emotivos expresan esta cualidad externamente. No hay que confundir, por tanto, la emotividad con la expansionabilidad.

La emotividad tiene efectos muy concretos sobre la vida mental: Entre los positivos cabe destacar que favorece el desarrollo de intereses y que es un factor de activación. Y entre los negativos sobresale al que dificulta la abstracción y el pensamiento objetivo. Los emotivos están más dotados para la inteligencia intuitiva. Una persona emotiva puede vivir más intensamente que una persona no emotiva, sin embargo, ésta se encuentra más protegida que aquélla.

2. *La actividad* es un factor que no tiene nada que ver con el activismo o con el movimiento continuo de las personas nerviosas. Todo esto es solamente una “actividad aparente” porque se da “a ratos”, dependiendo de la aparición del estímulo. El activo, en cambio, a menudo tiene una necesidad de actuar; se siente empujado a la acción.

Esta propiedad se reconoce observando cómo reaccionan las personas ante un obstáculo. El no activo duda, retrocede, se desanima y, con frecuencia,

abandona. En cambio, para el activo el obstáculo se convierte en un motivo para actuar, en un refuerzo de la acción; lo convierte en un reto. He aquí algunos rasgos típicos del carácter activo: habitualmente ocupado; se centra rápidamente en el trabajo; es decidido; perseverante; no aplaza las tareas.

La actividad favorece la capacidad para adoptar decisiones, emprender proyectos y aprender por descubrimiento personal. También está relacionada con el espíritu práctico y el optimismo. La no actividad, en cambio, suele crear sensación de impotencia y origina actitudes de pasividad y pesimismo.

3. *La resonancia* es la repercusión, el tiempo que permanecen las impresiones en el ánimo de cada persona. Se puede dar una doble resonancia. Si las impresiones tienen efecto sobre la conducta en el momento de la afectación, es decir, de una manera inmediata, pero luego desaparecen, entonces la resonancia es primaria. En cambio, si las impresiones influyen en un momento posterior, la resonancia es secundaria.

Los primarios, por ejemplo, suelen reaccionar de forma rápida y contundente ante las ofensas que reciben, pero pronto se olvidan de ello. Los secundarios, por el contrario, tardan mucho más en reaccionar y les cuesta un tiempo considerable olvidar el disgusto.

Dicho de otra manera: en los primarios predominan los efectos de la impresión mientras está en la zona consciente; en los secundarios, predominan los efectos

de la impresión a partir del momento en que ésta última pasa a la zona subconsciente.

El primario vive en el presente y le gusta el cambio. Ello favorece la capacidad de soltura, la rapidez de reacción y el entusiasmo. Por el contrario, dificulta la objetividad, la coherencia mental y la sistematización. Actúa frecuentemente de forma dispersa y superficial.

El secundario vive en el pasado, está aferrado a sus recuerdos y principios y, con frecuencia, es prisionero de sus rutinas y prejuicios. Todo ello facilita la reflexión, el orden, la sistematización, la perseverancia y la coherencia mental. En cambio, origina lentitud.

Según La Senne la distinta forma de combinarse las tres propiedades citadas da lugar a ocho tipos de carácter. De ellos, cuatro son emotivos y cuatro no emotivos; cuatro son activos y cuatro no activos, cuatro son primarios y cuatro secundarios.

He aquí las fórmulas de cada tipo:

1. Emotivo-no activo-primario: **Nervioso.**
2. Emotivo-no activo-secundario: **Sentimental.**
3. Emotivo-activo-primario: **Colérico.**
4. Emotivo-activo-secundario: **Apasionado.**
5. No emotivo-activo-primario: **Sanguíneo.**
6. No emotivo-activo-secundario: **Flemático.**
7. No emotivo-no activo-primario: **Amorfo.**
8. No emotivo-no activo-secundario: **Apático.**

Es necesario advertir que esta clasificación debe verse sólo como punto de referencia.

b. Sugerencias educativas para los diferentes caracteres: Los emotivos

· El nervioso: emotivo, inactivo, primario

Los rasgos generales de este tipo son esencialmente los siguientes: gran movilidad (cambia continuamente de intereses y de ocupación); inconstante; se entusiasma con lo nuevo, pero sólo busca resultados prácticos e inmediatos; pasa habitualmente de la euforia al abatimiento; tiene falta de orden, disciplina y de perseverancia en el trabajo; hace mal uso del tiempo; suele poseer una voluntad débil (juguete de sus sucesivas impresiones); es indeciso, inestable, generoso, sociable y cariñoso: es extrovertido.

La inteligencia del nervioso es de tipo artística, es decir, opera con imágenes. Destaca por la concepción rápida, la imaginación viva y la expresión espontánea. Sin embargo, hay que subrayar que se encuentran muy perjudicadas por la inestabilidad del carácter, hasta tal punto que apenas es aprovechada para la actividad intelectual. Está mal dotada para la comprensión, la memorización, la abstracción y el razonamiento lógico.

El alumno nervioso tiene poca capacidad para el esfuerzo y le resulta muy difícil centrarse en el trabajo: es perezoso; distraído; inconstante; irreflexivo. Trabaja solamente “a sacudidas”; es decir cuando la tarea

coincide con sus intereses momentáneos. Es irregular, incoherente y disperso en la realización de las actividades.

De acuerdo con las investigaciones realizadas por R. Gaillat, el 20% de los nerviosos son buenos alumnos; el 40% son alumnos medios, el 40% son alumnos regulares. De ahí la importancia de la disciplina y de la educación de su carácter, tomando como punto de apoyo su emotividad y dándoles tareas concretas y sucesivas, una después de otra, con intervalos (para que se recupere) pero con constancia.

Frecuentemente el nervioso prefiere las materias “emotivas” (las que enlazan con su sensibilidad): Historia, Geografía, Dibujo, Música, Idiomas, Comunicación, etc., para lo cual tiene capacidad. En cambio rehuye las “frías”: matemáticas, ciencias físicas. Posee pocos intereses intelectuales. Sólo manifiesta algún interés en cuestiones sociales y religiosas.

·El sentimental: emotivo, inactivo, secundario

Rasgos generales: muy sensible, retraído, tímido, pesimista; busca el aislamiento y la soledad; susceptible, rencoroso, difícil de reconciliar; se desmoraliza fácilmente, inseguro, muy vulnerable; lento en el trabajo; indeciso; introvertido.

La inteligencia del Sentimental tiene poca tensión, al estar relajada por su escasa actividad. Está centrada preferentemente en los objetos, por lo que puede considerarse como de tipo concreto. Tiene escasa

aptitud para comprender, para la organización lógica y para la abstracción. Se trata, por tanto, de la llamada “inteligencia reflexiva incompleta” estudiada por Piaget. En consecuencia manifiesta poca facilidad para las ciencias abstractas y técnicas.

Sin embargo la persona sentimental trabaja con interés, orden y método y le gusta hacer las cosas bien. Pero se desalienta pronto ante las dificultades, desconfía de sus posibilidades y es lento, tanto en la concepción como en la realización de las tareas. Tiene problemas para adaptarse a nuevas actividades y para el esfuerzo prolongado. Sin embargo, debido a que es secundario tiene más capacidad de reflexionar que el nervioso, aunque también debe dirigir bien su capacidad de “dar vueltas” a los hechos, asuntos, etc.

Según las investigaciones de R. Gaillat, los sentimentales no figuran ni entre los buenos ni entre los malos alumnos. Están en un 100% entre los alumnos medios. Tiene buenas aptitudes en las materias y trabajos relacionados con sus intereses afectivos: Historia (evocación del pasado), Redacción, y también en las tareas que exigen aplicación y método: Ortografía, Escritura, Idiomas.

Manifiesta, por el contrario, ineptitud para la Aritmética y las Ciencias físicas por varias razones: exigen esfuerzo prolongado, requieren capacidad de abstracción y no tienen una relación directa con sus sentimientos. Por otra parte, el sentimental es mal observador (está más centrado en sí mismo que en la realidad externa). Debido a que tiene pocos intereses intelectuales tampoco está bien dotado para la Filosofía.

· *El colérico: emotivo, activo, primario*

Rasgos generales: las personas que tienen este carácter han nacido para actuar. Son extrovertidos, están siempre ocupados en cualquier actividad y haciendo proyectos. Les gusta embarcarse continuamente en tareas nuevas. Sin embargo, a causa de la primariedad, improvisan, se precipitan, despilfarran su energía y caen en la dispersión. Muchos planes quedan abandonados cuando aparece algún obstáculo.

La inteligencia del colérico está inclinada por el carácter hacia lo concreto, lo inmediato, lo imaginativo y lo técnico. Es una inteligencia práctica que comprende con rapidez y demuestra capacidad de improvisación. Posee mucha tensión, la cual, si es bien dirigida, es muy fecunda.

Su principal limitación reside en la dificultad para el pensamiento abstracto: está mal dotado para profundizar y para establecer generalizaciones y hacer síntesis. Ello está relacionado con su escasa capacidad para integrar conocimientos nuevos dentro de esquemas más amplios o más profundos.

El alumno colérico está habitualmente ocupado, pero es irregular y debido a su primariedad es poco disciplinado en la realización del trabajo. Le cuesta mucho llevar a cabo las tareas que no coinciden con sus intereses. Por otra parte, prefiere el trabajo en equipo al trabajo individual. Sin embargo, suele cambiar de actividad de manera frecuente, impulsiva y caprichosamente, sin terminar lo empezado.

Las materias en las que obtiene mayor rendimiento son las que requieren sentido práctico, capacidad de improvisación y fluidez verbal: lectura, dibujo, etc. Destaca también en Geografía e Historia. Está poco dotado para la Matemáticas, la Física y para las cuestiones teóricas.

Sus intereses intelectuales se centran en los problemas de la vida concreta. Son, por tanto, intereses positivos, sociales y políticos. Según algunos estudios, estadísticamente, el 60% de los coléricos son buenos alumnos, el 20% son alumnos medios y el restante 20% son alumnos regulares

· *El apasionado: emotivo, activo, secundario*

Rasgos generales: gran capacidad de trabajo; está en actividad continua y por su secundariedad se encuentra a menudo concentrada en un determinado objeto; tiene una pasión dominante que es el motor de su existencia. Es independiente (prefiere hacer las cosas a su manera), decidido, perseverante; sobrio; sin embargo, puede ser duro (no entiende por qué los demás no son como él), a veces violento, poco valeroso; mal deportista.

La inteligencia del apasionado tiene una tensión muy alta, al estar movilizada plenamente por el carácter. Es una inteligencia verbo-conceptual y sistematizante muy apta para la abstracción y el razonamiento lógico. Posee capacidad inventiva, gran memoria; buena atención, imaginación y comprensión.

La persona apasionado está siempre ocupado y suele obtener buen rendimiento en casi todas las materias. Tiene afición al estudio y le gustan todo tipo de tareas. Es el prototipo de “buen alumno” (en la investigación de Gaillat todos los apasionados están en el grupo de los mejores alumnos). Prefiere trabajar solo. Estudia en forma ordenada y metódica.

Aunque obtiene buenos resultados en todas las materias, destaca especialmente en Matemáticas, Física, Filosofía y Ciencias Naturales, Historia, lectura, etc. Sus intereses intelectuales son de carácter social, político, metafísico y religioso.

Un ámbito en el que se puede seguir la educación del carácter es el estudio y en el trabajo. A continuación vamos a referirnos a la manera de enfrentar el estudio, ya que la manera de trabajar va muy relacionada con éste. Empezaremos por la orientación del estudio en los emotivos:

El nervioso necesita disciplinar su trabajo. Hay que ayudarle a centrarse en lo que hace y a organizarse (por ejemplo, tener un horario de estudio). También hay que exigirle que no se precipite y termine bien las distintas tareas.

Este alumno requiere un control diario y de forma muy concreta, pues de lo contrario descuidará una y otra vez sus deberes escolares (a pesar de los buenos propósitos).

Junto a la exigencia, necesita metas asequibles relacionadas entre sí y de dificultad progresiva. Conviene,

igualmente, renovar continuamente su interés por el estudio con procedimientos de este tipo: darle oportunidades para que tenga algún éxito: elogiar los buenos resultados; hablarle al corazón, “por las buenas”, evitando amenazas y castigos.

Conviene desarrollar hábitos de puntualidad, orden, autodominio y responsabilidad en el trabajo por medio de encargos fijos y con fechas determinadas. En la medida de lo posible hay que “explicarle” o revelarle su carácter, para que entendiendo sus reacciones las pueda dominar.

Al *sentimental* hay que infundirle confianza en sí mismo mostrándole comprensión y cariño. También valorando los menores éxitos y restando importancia a los fracasos. Debido a que tiende al pesimismo, conviene hacerle ver el lado positivo de todas las cosas, con el fin de que sea más optimista.

En este sentido, conviene ayudarle a que no caiga en fijaciones mentales, ya que al ser muy emotivo las cosas le “llegan” muy rápida e intensamente, pero al no tener cauce (por ser inactivo) esa emotividad no sale fuera, y si no la sabe dirigir puede hacer estragos en su interior. De vez en cuando hay que ayudarle a que haga “limpieza mental”, olvidarse de cosas tristes, que se decida a perdonar de verdad, a entender que las cosas negativas no le ayudan sino que entorpecen su desarrollo.

Para que logre ser más objetivo y escape de la atmósfera en la que suele encerrarle su emotividad, hay que ayudarle a seguir un orden lógico en su razonamiento,

de forma que extraiga alguna consecuencia. Por último, es interesante sacarle de sí mismo, fomentar su participación en actividades comunes (por ejemplo, trabajos en equipo).

Al *colérico* hay que acostumbrarle a que reflexione sobre cada tarea antes de iniciarla: en qué consiste; cuál es el mejor procedimiento para llevarla a cabo; qué material necesita, etc. Hay que exigirle que trabaje con orden, que se centre en una actividad cada vez y que termine lo que empieza. No debe admitirse las cosas sin acabar, a medio hacer.

Para lograr lo anterior será útil ayudarle a elaborar y seguir un plan de trabajo y un horario de estudio. Habrá que controlar de algún modo el cumplimiento de lo programado.

Dada su dificultad para la abstracción, conviene partir siempre de cuestiones concretas y actuales y facilitarle la aplicación práctica de lo estudiado. Que respete sus proyectos y se mantenga siempre ocupado.

Una manera de encauzar su carácter es darle responsabilidades que tengan que ver con el servicio a los demás, pedirle que nos diga el “por qué” de sus decisiones para ayudarle a reflexionar. Un alumno colérico puede ser un buen “chico guía”, si tiene la dirección adecuada y se le ponen metas altas.

El *apasionado* por encontrarse tan bien dotado, necesita menos control; pero, por esta misma razón hay

que exigirle muy buenos resultados. Hay que procurar también que salga de su aislamiento participando en actividades comunes y orientando a otros con menos capacidad que la suya, comprendiéndoles, animándoles.

c. Sugerencias educativas para los diferentes caracteres: Los no emotivos

Después de ver cómo influye el carácter sobre la inteligencia en los caracteres emotivos pasaremos a ver el asunto en aquellos que tienen escasa emotividad.

· El sanguíneo: poco emotivo, activo, primario

Los rasgos generales de este carácter son los siguientes: tiene mentalidad pragmática y calculadora, siendo poco sensible para todo lo que no le reporte provecho material. Le mueven los resultados a corto plazo; es práctico y positivo; tiene tendencia a mentir para conseguir lo que quiere (sobre todo dinero); es cerebral (piensa todo fríamente); optimista; atento y sociable; extrovertido.

La inteligencia del sanguíneo tiene muchos “puntos fuertes”: comprensión rápida; claridad y precisión en las ideas; capacidad crítica; flexibilidad, expresión objetiva. En cambio, está mal dotada para la síntesis y le falta continuidad y sistematización en el pensamiento.

Al alumno sanguíneo le interesa todo. Su amplia curiosidad le lleva, por ejemplo, a “devorar” todo tipo de lectura. Suele adaptarse bien. Es buen observador y

muy independiente en sus opiniones. Suele ser buen alumno.

Aunque es trabajador, sin embargo se deja llevar con frecuencia por la superficialidad y no acaba sus tareas. Está dotado para las distintas materias de estudio, aunque sus intereses intelectuales son de tipo práctico, técnico, político.

· *El flemático: poco emotivo, activo, secundario*

Rasgos generales: conserva siempre el mismo estado de ánimo reposado y tranquilo, reflexivo, callado, trabaja y se divierte solo; muy ordenado (con frecuencia es un maniático del orden), puntual pero rígido en el uso del tiempo; preocupado por la objetividad y exactitud de todas las cosas, con mucho sentido común, extrovertido.

La inteligencia del flemático es lenta, pero profunda. Está muy favorecida por el carácter y se adapta a todas las materias de estudio. Es de tipo conceptual, con buena aptitud para comprender lo esencial, ordenar, clasificar y sistematizar lo que aprende. Está muy bien dotada para las ciencias abstractas.

Posee también buena capacidad memorística y de concentración. En cambio, tiene poca imaginación y un estrecho campo mental. El alumno flemático se adapta fácilmente a los horarios pre-establecidos; trabaja de forma intensa y metódica; es regular y tenaz; tiene un claro sentido del deber; es dócil y puntual. Todo esto explica por qué siendo lento obtiene normalmente buenos resultados.

Los flemáticos pertenecen al grupo de buenos alumnos. Tiene incapacidad únicamente para la redacción. Está muy dotado para: Matemáticas, Filosofía, Geografía, Historia, Dibujo y ortografía.

· *El amorfo: poco emotivo, inactivo, primario*

Rasgos generales: falta de curiosidad y de sentido práctico, perezoso, centrado en la búsqueda de los placeres orgánicos (comer, dormir), poco original (se deja arrastrar por el ambiente), despilfarrador, impuntual, sociable, dócil, carece de energía y de entusiasmo, es extrovertido.

Su inteligencia se halla condicionada por su carácter (el binomio inactividad-primariedad obstaculiza la actividad intelectual). Carece de tensión mental, razona con lentitud y superficialmente. Tiene dificultades para el pensamiento abstracto.

Al alumno amorfo no le interesa ninguna materia y huye de cualquier esfuerzo. Suele aplazar y descuidar las tareas que se le encomiendan y tiende a aprovecharse del trabajo de sus compañeros. Se muestra indeciso, torpe, desordenado, abúlico e inadaptado. No se mueve si no le “remolcan”. La falta de curiosidad hace que no observe ni lea por su cuenta. Tiene dificultad para estudiar las diferentes asignaturas, aunque tiene una capacidad aceptable en Geografía, Historia, Dibujo, Música y especialmente las tareas manuales.

· *El apático: poco emotivo, inactivo, secundario*

Rasgos generales: muy cerrado en sí mismo; melancólico, testarudo, irreconciliable, con poca energía y vitalidad, perezoso, rutinario, pasivo, indiferente, introvertido.

La inteligencia del apático es, junto con la del amorfo, la que posee menos aptitudes. Carece del estímulo de la emotividad y de la ayuda de la actividad. Por esta razón permanece casi en estado potencial, sin movilizar, prácticamente sin tensión. Es una inteligencia poco dispuesta para extraer lo esencial, para la abstracción y para el establecimiento de relaciones lógicas. A menudo, su pensamiento es incoherente y pobre de ideas.

Al alumno apático no le suele interesar ninguna actividad escolar, lo que unido a la falta de capacidad y de esfuerzo en muchas las materias, origina malos resultados. Según Gaillat, los apáticos no suelen ser buenos alumnos. Tiene aptitud moderada para la Historia. Carece de intereses intelectuales, sólo manifiesta cierta curiosidad por los de tipo técnico, por lo que se puede incidir ahí.

Por otro lado el carácter es educable y en correspondencia con la orientación del estudio en los poco emotivos, podemos observar lo siguiente:

El *sanguíneo* necesita cultivar la sensibilidad. Este objetivo se puede lograr a través de actividades relacionadas con el arte (pintura, música, etc.). Hay que suscitar también motivos elevados para realizar el

trabajo y exigirle –con autoridad fuerte– que desarrolle las tareas de manera puntual, ordenada y acabada.

Conviene ayudarle a perseguir objetivos concretos en el estudio y a seguir un plan de trabajo; de este modo luchará contra la dispersión. Hay que proponerle que ayude a sus amigos y compañeros de estudio, aunque ello le suponga algún sacrificio. Por último, necesita orientación y control en su afán de tener experiencias por lo que hay que aconsejarle respecto a sus diversiones, lecturas, etc., previniendo los riesgos de la avidez lectora.

Al *flemático* hay que sacarle del reducido marco en el que vive. Ello supone despertar en él nuevas inquietudes e intereses, llevándole del nivel de las ideas a la experiencia vivida; estimular hábitos de convivencia y participación; abrirle a nuevos conocimientos, ideas y puntos de vista; desarrollar en él virtudes altruistas (compañerismo, generosidad). También es conveniente sacarle de sus rutinas y meter en su vida lo diverso, desacostumbrado, así como estimular su creatividad con lo nuevo y útil.

El *amorfo* necesita un control muy estrecho en el estudio diario, sin admitir excusas para su pereza. Hay que fomentar también el desarrollo de hábitos de orden y disciplina en la realización del trabajo.

Conviene combinar el trabajo individual para desarrollar actitudes de compromiso) con el trabajo colectivo (como estímulo para su falta de energía y

pasividad). El método de enseñanza y de estudio debe ser activo y práctico. Se trata así de aprender “haciendo”, a partir de problemas y situaciones reales y por medio del descubrimiento personal.

Con el apático hay que combinar la motivación con la exigencia. Por una parte, convendrá rodearle de un ambiente familiar estimulante para su trabajo, interesarnos por lo que hace y proponerle metas de dificultad progresiva. Por otra parte, hay que ayudarle a llevar un control estrecho de sus deberes y de su estudio. Es conveniente fomentar hábitos de trabajo y actitudes de apertura y colaboración con sus compañeros de estudio por medio de los trabajos en equipo, en que se sienta estimulado para salir adelante en sus estudios o tareas.

También es importante sacarle del trabajo rutinario, procurando que se plantee propósitos diferentes cada día y que ensaye nuevos procedimientos de estudio. Al igual que en el caso del amorfo, los métodos de enseñanza y estudio del apático deben ser activos y prácticos, para que partiendo de ahí pueda ir, poco a poco, profundizando, abstrayendo y generalizando.

